

# Don Carlos

SU PASADO, SU PRESENTE Y SU PORVENIR

---

BOSQUEJO CRITICO-BIOGRAFICO

POR

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

EXDIPUTADO CARLISTA

---

**Precio: UNA peseta**

---

PRIMER MILLAR

---

VALENCIA—1898

IMPRESA DE MANUEL ALUFRE

*Plaza de Pellicers, 6*



CV/14830

# DON CARLOS

SU PASADO, SU PRESENTE Y SU PORVENIR



*BOSQUEJO CRÍTICO-BIOGRÁFICO*

POR

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

EXDIPUTADO CARLISTA



VALENCIA

IMPRENTA DE MANUEL ALUFRE

Pellicers, 6

~~~~~  
*Es propiedad del autor*  
~~~~~

C83





DON CARLOS



## PROEMIO

---

Deber ineludible es de todo buen patriota contribuir en la medida de sus fuerzas al bienestar y salvación de la madre patria, sobre todo cuando peligran su existencia, su integridad ó su honor, y cuando el malestar es tan profundo que todos anhelan un cambio de postura. En la conciencia de las personas imparciales y desapasionadas está que España vive muriendo, y que desde la guerra de la Independencia, cuando á principios del siglo nuestros padres hicieron morder el polvo á las huestes napoleónicas, no ha atravesado España por circunstancias en gravedad parecidas á las presentes; y para que no se crea que el fanatismo político me hace convertir en gigantes los molinos de viento, lean nuestros favorecedores los siguientes importantísimos párrafos, escritos en reciente y comentada pastoral, por el Emmo. Cardenal Cascajares, Arzobispo de Valladolid y testigo de mayor excepción en la materia:

«Triste, muy triste en verdad, es la descripción que acabamos de hacer, V. H. y a. h.; pero es la verdad, la triste verdad, que pesa sobre nosotros en nuestras colonias una guerra mortífera que arrebató sin gloria lo más florido de la juventud española, que nos vemos seriamente amenazados de complicaciones inter-

nacionales que nos envuelvan en otra guerra más desastrosa todavía, que nuestra hacienda está arruinada, nuestra política indecisa y vacilante, nuestro comercio arruinado, nuestra industria agonizando, nuestra agricultura exangüe; que nuestro pueblo, agotadas sus energías, su sangre y su dinero en una lucha estéril, perdida la confianza en los gobernantes, se ha entregado á esa atonía de la desesperación, síntoma terrible de lo que puede ser la explosión de tantas iras reprimidas, de tantas lágrimas devoradas en silencio, el día en que una circunstancia cualquiera, de tantas como á cada paso proporciona tan crítica situación, sacuda sus nervios y haga estallar su indignación.

»Todos reconocen que la actual situación de España es la más crítica por que ha atravesado nuestra patria en la actual generación, y sólo comparable á la que precedió á la invasión francesa de principios del siglo; todos reconocen que en el exterior la tempestad nos azota, y en el interior ruge un volcán bajo nuestros pies; y sin embargo, V. H. y a. h., á nuestros oídos llegan con más estruendo que nunca los rumores de públicas diversiones, preparativos ruidosos de festejos, de batallas de flores, de fiestas taurinas, de expediciones de placer, de bailes de máscaras; una exacerbación tan inoportuna como exagerada de las locuras del Carnaval, que si por su naturaleza es siempre una costumbre bárbara, inmoral casi siempre y con frecuencia sacrílega é impía, en días de tanto luto para la patria insulta además el dolor de las madres españolas cuyos hijos mueren en Cuba, y que desde la soledad en que lloran escucharán como otras tantas blasfemias las carcajadas del vicio. No parece sino que se trata de aturdir al pueblo á fuerza de divertirle: no parece sino que se trata de embriagarle de placer para que no sienta, de rebajarle al nivel del pueblo de la decadencia romana, que en medio de las calamidades del Imperio y bajo el azote de los bárbaros demandaba *panem et circenses*. Con profundísima pena hemos visto, sí, cómo se trata de hacer que este año sea el Carnaval más estruendoso, y por lo mismo más inmoral que nunca. . . . .

»Repetidas veces os hemos llamado la atención, amados hijos nuestros, acerca de las calamidades que un día y otro día llueven sobre nuestra nación con una insistencia que no puede menos de abrir los ojos á todo el que no esté voluntariamente ciego, para hacerle ver la mano de Dios que nos castiga. Parecen conjurados contra nosotros, no ya sólo los hombres, sino hasta los elementos, y testigo de ello son la pérdida del *Reina Regente* y otros varios barcos de nuestra escuadra, la horrenda catástrofe

del *Machichaco*, las inundaciones, los incendios, las pérdidas de las cosechas. Dos guerras desastrosas han consumido nuestra sangre, nuestro dinero, hasta aquella nativa energía del carácter español.

»No ha podido la noble y altiva España descender á mayor humillación que á tratar de potencia á potencia con un puñado de indios las condiciones de la paz de Filipinas.

«Al enemigo cobarde y traidor que en Cuba hace la guerra huyendo de nuestros bravos soldados, se le halaga dejando en sus manos gran parte de nuestros derechos de soberanía, y nos los tira á la cara.

. . . . .

La pintura de nuestros males hecha está por mano maestra y en términos elocuentísimos y conmovedores; pero ¿dónde va á buscar el indispensable remedio tan ilustre Purpurado?

He aquí sus palabras:

«De los dos partidos que turnan en el poder, el conservador quedó deshecho, sin que hasta la fecha haya logrado reconstituirse juntando bajo una bandera los diversos elementos con que había formado tan robusto organismo aquella voluntad de hierro; el liberal, quebrantadísimo en anteriores campañas, dirigido por un hombre ilustre á quien debe la patria grandes servicios en momentos de crisis solemnes, pero á quien enfermedades físicas y desfallecimientos morales han mermado las energías, ahora más que nunca necesarias, debilitado por importantes disidencias, acaso próximo á desacreditarse del todo por el casi seguro fracaso de la solución autonómica que dió al problema cubano, no reúne las condiciones de robustez y consistencia necesarias para resistir el peso abrumador de los gravísimos compromisos que sobre él han amontonado los asuntos pendientes. ¿Cómo salir del atolladero el día, quizá no lejano, en que resulte fracasada su política?

»Hablan algunos de un ministerio nacional, y ésta pudiera ser ciertamente una solución que, impuesta por las circunstancias, daría resultados momentáneos solamente en el caso de que un grave é inminente peligro de la patria, la guerra con los Estados Unidos, por ejemplo, obligase á todos los buenos españoles á prescindir de lo accesorio y unirse en un apretado haz para salvar lo esencial. Pero esto es una solución transitoria,

sólo para aquel momento, y los males que la situación presente de la nación ha creado en todos los órdenes, y señaladamente en la Hacienda, cuya restauración no puede menos de ser sumamente laboriosa y lenta, exigen soluciones de más dura, organismos políticos más sólidamente constituídos.

»¿Cuáles pueden ser éstos? Según las aficiones de cada cual, unos presentan la solución en la república, otros en el carlismo.

»Pero la república tiene para España bien desastrosos recuerdos y no puede inspirar confianza á los católicos, á pesar de sus promesas, mientras exista el hecho de que muchos de sus jefes no pierden ocasión de hacer manifestaciones rabiosamente anticatólicas, y la prensa de su partido, con raras excepciones, combate á diario y con encarnizamiento al catolicismo; cuya división, por otra parte, es á la vez una garantía que puede tranquilizar-nos respecto á las probabilidades de su triunfo, y demostración palpable que no es la república la llamada á constituir un núcleo suficientemente vigoroso para resolver los arduos problemas á que nos referimos.

»No falta, en cambio, al carlismo robustez, cohesión y fe en sus ideales; pero para realizarlos no puede disponer de más medios que la guerra, la horrible guerra civil, ya por tres veces infructuosamente sostenida *con tanto heroísmo* como contraria fortuna. La guerra, cuyo resultado es, cuando menos, dudoso, y aun podemos decir nulo, si la historia sirve de algo y lo pasado es enseñanza para lo porvenir, la guerra civil agravaría por de pronto la crítica situación de España, acabaría de arruinar la Hacienda y hacinaría tales montones de ruínas, que el triunfo, aun dado que se obtuviera, resultaría tardío y poco menos que inútil.

»Regenerados por la oración y la penitencia y poniendo en manos de la Providencia los destinos de la Patria, levantaremos entonces la frente serena, y si los acontecimientos se precipitan, si cae sobre nosotros una guerra con otra nación, sabréis, amados hijos, luchar como luchaban nuestros padres y morir como ellos morían, con el nombre de Dios y el de España en vuestro corazón y en vuestros labios; y por lo que á nosotros toca, venerables hermanos, habiendo ya cumplido con Dios, cumpliremos también con el sagrado deber de defender la patria, y *siguiendo el ejemplo de aquellos Obispos, sacerdotes y frailes que en la guerra de la independencia lucharon y murieron, lucharemos, y como ellos sabremos morir, si es necesario, por Dios, por la Patria y por el Rey.*»

El pensamiento del Emmo. Cascajares resulta transparente en los párrafos preinsertos, y sin embargo hay escritores liberales, eruditos y de talento que, en periódicos de gran circulación, reivindicán para los partidos monárquicos de la regencia el triple lema carlista de *Dios, Patria y Rey*. No merecen refutación seria los argumentos aducidos al efecto, porque si los partidos liberales dinásticos han tremolado (hecho históricamente falso) de buena fe nuestra *misma* bandera, ¿cómo se explican su conducta antirreligiosa, sus persecuciones sistemáticas á la Esposa de Cristo, su credo político herético y en alguno de sus dogmas taxativamente condenado por la Iglesia Católica? Porque ésta *ha tenido siempre papel preponderante en la vida nacional*, porque incurran en *equivocación inmensa los sectarios cuando atribuyen á esta preponderancia la causa principal de nuestra decadencia*, ¿siguese de aquí que no es posible bandera verdaderamente española que no ostente en sus pliegues el sacrosanto nombre de *Dios*? Así debiera ser, y esto practicamos los carlistas para no renegar de nuestra vida nacional, de nuestras tradiciones y de nuestro españolismo; pero ¡los liberales! si alguna vez ostentan interesadamente la Cruz es para esconderse detrás como suele hacer el diablo.

Ciertamente que *un partido sin patria vendría á ser algo así como un edificio sin cimientos, un cuerpo sin base: un absurdo*. Conformes; pero ¿cómo se explica entonces la persistente conducta antipatriótica de los partidos liberales, menospreciadora de nuestras gloriosas tradiciones patrias, causante de nuestra ruína interior, de nuestro desprestigio exterior, y de la pérdida vergonzosa de nuestro imperio colonial sin semejante? ¡Singular patriotismo el de los liberales, que nos van dejando poco á poco sin patria, sin hogar y sin honra!

Por último, si en los siglos de oro de nuestra gloriosa historia, España era una democracia presidida por un Rey; si la alianza íntima del Rey y el pueblo es un rasgo característico de España antes de iniciarse el período de la decadencia; si ningún español puede olvidar que el Rey es el representante de la Patria; si tan arraigada está la idea monárquica en los sentimientos populares, que ni la notoria incapacidad, la debilidad y las torpezas de ciertos Soberanos, fueron bastantes para despojarles del papel simbólico que el pueblo les atribuyó, apreciaciones todas ellas exactas; ¿cómo se explica el monarquismo egoísta y convencional de los partidos liberales, que les ha hecho implantar en este suelo clásico de la verdadera monarquía pura, paternal y cristiana, un simulacro de poder real sin soberanía efectiva, supeditado á los jefes de los partidos, prisionero de la revolución, irresponsable de dicho, pero responsable de hecho, hasta el punto de verse constantemente entre las astas del dilema, ó someterse ó expatriarse?

No negamos á los partidos dinásticos el derecho indiscutible de quemar lo que adoraron y de adorar lo que quemaron, tremolando á los cuatro vientos nuestra bandera, que es la bandera de la Patria, apropiándose á la vez nuestros principios; pero obras son amores y no buenas razones, y el único procedimiento eficaz para hundir á la gran comunión tradicionalista hubiera sido poner en práctica su programa con ardimiento y buena fe. Mientras esto no suceda, el lema sacrosanto de *Dios, Patria y Rey* será exclusivamente carlista, y no de todos los partidos monárquicos españoles, como pretende el escritor que nos ocupa, sin que nadie pueda arrancar de nuestras manos tan gloriosa bandera.

¿Que para encarnarla en la sociedad española se nece-

sita otra guerra civil? Nada de eso: bastaría con que la nación lo quisiera virilmente, estudiando á fondo los datos y extremos de tan importante problema, y reflexionando fríamente, sin apasionamientos sectarios ni políticos, sobre sus futuros destinos, pues *si la tierra está desolada es porque no hay quien reflexione.*

Escribimos, al efecto, este humilde opúsculo, presentando á la consideración de los españoles, verdaderamente amantes de la justicia y del bien para su Patria, á ese hombre providencial, tan calumniado como benemérito, único que puede, con la ayuda de Dios y del pueblo fiel, impedir que España se precipite en los abismos insondables que la solicitan, y se abren á sus plantas.

Y para el conocimiento exacto, completo, imparcial y verídico del hombre que España necesita, sin insultos ni recriminaciones para nadie, sin ataques innecesarios á las instituciones, dentro de cuanto permite la vigente libertad de imprenta, y con carácter puramente crítico-biográfico dividiremos en tres partes este modesto trabajo de propaganda popular, sobre Don Carlos de Borbón y de Austria-Este, que tratarán de su pasado, de su presente y de su porvenir, subdividiendo cada una de ellas en los párrafos que aclaren el asunto.



# PRIMERA PARTE

## SU PASADO

---

### **Apuntes genealógicos y biográficos.**

**Carlos VII.**—Hijo de D. Juan de Borbón y de Braganza (Juan III) y de la Archiduquesa D.<sup>a</sup> María Beatriz de Austria-Este.

Nació el 30 de Marzo de 1848, ardiendo la revolución en toda Europa. Sus Augustos Padres iban errantes y fugitivos de nación en nación. En Laybach, una de las etapas de aquel peligrosísimo viaje, vió la luz Carlos VII. Impusieronle los nombres de Carlos, María de los Dolores, Juan, Isidro, José, Francisco, Quirino, Antonio, Miguel, Gabriel, Rafael, siendo padrinos suyos sus abuelos paternos Carlos V y la Reina D.<sup>a</sup> María Teresa. Poco después de su nacimiento salieron para Cataluña su Augusto Padre don Juan, Carlos VI y el Infante D. Fernando, con objeto de compartir los peligros de los bravos carlistas que luchaban en el Principado; pero detenidos los tres por los franceses al atravesar los Pirineos, fueron reducidos á prisión.

Educóse en el destierro, al lado de su Augusta Madre, y juntamente con el Infante D. Alfonso, en las Cortes de Módena y de Praga, con sus tíos el Duque Francisco V y

el Emperador Fernando I. Hizo su aprendizaje militar en la Brigada Estense, llegando hasta capitán de artillería. Tuvo por ayo al General D. Luís García Puente, veterano de la guerra de la Independencia, de la de 1820 á 1823 y de la de los siete años, y por preceptor al P. Cabrera y Aguilar.

Su Augusta abuela la Reina D.<sup>a</sup> María Teresa, le entregó solemnemente en Trieste el Estandarte Real de Carlos V, con la imagen de la Generalísima, la Virgen de los Dolores, que Carlos VII recibió de rodillas, jurando custodiarlo y defenderlo siempre con honor.

El 20 de Julio de 1868, reunió el Consejo de Londres, donde entre otras importantes resoluciones adoptadas, asumió el título de *Duque de Madrid*.

El 3 de Octubre del mismo año, su Augusto Padre abdicó en él sus derechos. Notificó esta renuncia á los soberanos de Europa, en carta fechada el 22 del mismo mes y año. Dirigió por primera vez la palabra á los españoles, en forma de carta á su hermano el Infante D. Alfonso, el 30 de Junio de 1869. Consecuente con sus propósitos de ser el verdadero Representante de la tradición española, rechazó los tentadores ofrecimientos que le hicieron sucesivamente progresistas, moderados y enemigos de la integridad nacional, que, bajo diferentes condiciones, se brindaban á allanarle el camino del Trono con poderosos elementos. Protestó desde Vevey el 8 de Diciembre de 1870, contra la usurpación de D. Amadeo de Saboya, anunciando que el pueblo español y él cumplirían con su deber.

En todo este transcurso de tiempo, desde la abdicación de su Augusto Padre hasta su entrada en España trabajó con ardor y sin descanso por la Causa, primero en París, á donde acudieron para verle millares de españoles; des-

pués en la frontera de Cataluña; posteriormente en Londres y Baden-Baden, tratando en vano de vencer la mala voluntad de Cabrera, extremando con él la paciencia, por consideración á sus pasados servicios y á su hasta entonces merecida popularidad, á pesar de entrever la traición que consumó más tarde, en plena guerra; y por último, convocó en Vevey la *Magna Junta*, en la que asumió la dirección personal de la Causa, rodeado de una verdadera Corte de Grandes de España, políticos eminentes, militares de brillante historia y representantes de todas las clases sociales. En Vevey y Ginebra procedió á la organización de los elementos que habían de ayudarle, formando Ministerios y creando un verdadero gobierno, hasta que de Ginebra partió para la frontera vasco-navarra. Allí pasó una larguísima época de las más novelescas y azarosas de su vida, perseguido sin cesar por la policía francesa, oculto y obligado á cambiar de escondite á cada momento; pero sin suspender un solo instante sus trabajos y avistándose con personajes importantes. Prudente, á la par que enérgico, sufría con gusto por España los sobresaltos y contratiempos innumerables de aquella vida errante, dirigiendo en persona todos los preparativos del alzamiento nacional, desde los Bajos Pirineos y desde aquel Bearn, cuna de su familia, que también presenció la accidentada juventud de Enrique IV, antes de su advenimiento al trono de Francia.

Aclamado como Rey, bajo la denominación de Carlos VII, entró en España, por Vera, el 2 de Mayo de 1872, dirigiendo su voz á la nación y al ejército.

Vencido momentáneamente por la defección de algunos jefes del ejército liberal que se habían comprometido, repasó la frontera por los Alduides, después de haber luchado desesperadamente en Oroquieta, al frente de un puñado de

hombres inermes. Volvió á entrar en España por Zugarramurdi, el 16 de Julio de 1873, asumiendo en persona el mando del ejército del Norte, cuyas heroicidades ocuparán no pocas páginas de nuestra brillante historia militar. Al triunfar el pronunciamiento de Sagunto, dijo en su manifiesto de Deva de 6 de Enero 1875, que protestaba contra aquel acto pretoriano por la boca de sus cañones, y por la boca de sus cañones continuó protestando más de un año todavía, mientras tuvo posibilidad material de dispararlos.

Herido su patriotismo ante la actitud, agresiva para España, de los Estados Unidos, ofreció á su primo Don Alfonso una tregua para combatir todos contra el extranjero, en carta fechada en Durango el 9 de Noviembre de 1875, que fué desoída, prefiriendo el gobierno de Madrid humillarse ante el general Grant.

Dió un Código provisional, administró justicia, acuñó moneda y ejerció todas las funciones Soberanas, hasta que, agotados los medios y abrumado por el número de los enemigos y por la complicidad del extranjero, entró en Francia por el puente de Arnegui, el 28 de Febrero de 1876, al frente de la División Castellana completa, y de fuerzas de otras provincias, con el Estandarte Real de la Generalísima y unas cuarenta gloriosas banderas, que hoy se conservan en el Palacio Loredán, después de cuatro años de guerra heroica contra D. Amadeo, la república y D. Alfonso, sucesivamente; verdadera epopeya de los tiempos modernos, que no dió por terminada, sino por interrumpida, al pronunciar en Valcarlos su histórico: *Volveré*.

El 1.º de Marzo del mismo año protestó, desde Pau, manteniendo y afirmando todos sus derechos. Expulsado inmediatamente de Francia, visitó los Estados Unidos y Méjico; fué á Roma, donde besó por última vez el pie de

Pío IX, y después de verificar un viaje circular por toda Europa, especialmente obsequiado en las cortes de Atenas, Bucarest y San Petersburgo, siguió las operaciones de la guerra de Oriente, asistiendo á la toma de Nicópolis y á las tres batallas de Plewna, siendo felicitado por el Czar Alejandro II, y condecorado con la cruz al *Valor Militar*, por el entonces Príncipe y hoy Rey Carlos de Rumanía. De regreso en París, fué expulsado nuevamente de Francia, en Julio de 1881, trasladándose primero á Londres y después á Venecia, en cuyo último punto se instaló en el Palacio Loredán, regalo de su Augusta Madre. Recorrió en diferentes viajes las más importantes regiones del globo, principalmente el Africa septentrional y occidental, las Indias, Palestina y Sud América, completando así su visita á los antiguos dominios españoles. En notabilísimos documentos brotados de su pluma durante estos viajes, afirmó la idea de una confederación entre todos los pueblos de nuestra raza y de nuestra lengua, echando la semilla de una alta concepción política, llamada probablemente á dar frutos de gloria y prosperidad en lo futuro.

A la muerte de su primo Don Alfonso protestó desde Lucerna, el 20 de Mayo de 1886, contra la proclamación del actual Don Alfonso, hijo póstumo de aquél.

Por fallecimiento de su augusto padre Don Juan, recayó en el, como primogénito, la jefatura de la Casa de Borbón, y reservó en 14 de Diciembre de 1887 los derechos de su Familia al Trono de Francia, declarando que personalmente se conservaba para España, si bien no hacía ninguna renuncia. Como complemento de aquella reserva protestó posteriormente, en carta dirigida al conde de París, contra la apropiación indebida, hecha por éste, de las armas francas de los Borbones, recordándole que la rama

de Orleans no podía usarlas sin su brisura, y que sólo él, el Duque de Madrid, podía usar el blasón pleno, emblema de sus derechos. En virtud de esta misma cualidad de primogénito, ha hecho acto de Gran Maestro nato de la Orden del Espíritu Santo, confiriendo collares de aquella Orden insigne que, según derecho, le dejó Enrique V. Inspirándose en el mismo principio, si bien usa el sello con las armas Reales de España en todo lo particular y político; además, desde 1887, en los actos que ejecuta puramente como Jefe de la Casa de Borbón, emplea también el sello de primogénito, con las tres flores de lis sencillas.

Desde la terminación de la guerra fué su ocupación constante y no interrumpida la de dirigir la Causa. Tuvo primero de Representante suyo en España á Don Cándido Nocedal. Rebelado, á la muerte de éste, su hijo Don Ramón Nocedal, y agotados todos los medios de persuasión, fué separado de la familia carlista, dando Carlos VII el mismo ejemplo de entereza y de dignidad que años antes con Don Ramón Cabrera. Su segundo Representante en España, después de la guerra, fué el Marqués de Cerralbo, que actualmente, con universal aplauso, ejerce tan alta función. Bajo su delegación ha tomado gran vuelo y sólido asiento la organización civil de nuestras fuerzas, y se ha planteado prácticamente la gran política de perdón, de ancha base y de patriotismo, que fué siempre la política personal de Carlos VII, fundándose en todo el Reino juntas y círculos, y obteniendo en el terreno parlamentario éxitos de resonancia.

En las proclamas, manifiestos y cartas políticas que desde 1868 acá han visto la luz bajo la firma de Carlos VII, hállanse perfectamente condensados y definidos su política y los principios que representa y mantiene.

El 5 de Noviembre de 1894 instituyó una fiesta nacional, que desde entonces se celebra cada año el 10 de Marzo, aniversario de la muerte de Carlos V, en honor á los mártires de nuestra Bandera, inmolados por Dios, la Patria y el Rey.

En las más tremendas pruebas que atribularon su vida de hombre y de Príncipe, apeló con magnánima entereza á la familia carlista, á cuyos miembros ama como á hijos, y de los que es amado y reverenciado como Padre.

Pruébalo cumplidamente su carta *A los carlistas*, del 16 de Noviembre de 1896.

Celebra sus días el 4 de Noviembre.

Casó primeramente el 4 de Febrero de 1867 en la capilla del castillo de Frohsdorf, con *Doña Margarita* María Teresa Enriqueta, Princesa de Borbón-Parma, nacida el 1.º de Enero de 1847 en Lucca, muerta en Viareggio el 29 de Enero de 1893, y en segundas nupcias con

**Doña María Berta de Rohan**, *Princesa de Rohan Guemenée, de Rochefort y de Montauban*. Hija del Príncipe Arturo, muerto el 17 de Febrero de 1885. Descendiente directa de los Soberanos de Bretaña, y hermana única del jefe actual de esta antigua Casa Soberana, Príncipe Alaino de Rohan Guemenée, Príncipe de Rochefort y de Montauban, Duque de Montbazon y de Bouillon. Nació en Teplitz, el 21 de Mayo de 1860. Fué para su Madre la Princesa Gabriela, así como para sus hermanos, verdadera y ejemplarísima hermana de la Caridad. Desde sus primeros años era tenida en el más alto concepto en la Corte de Austria por cuantos alcanzaban el honor de conocerla, siendo universalmente admirada por su bondad, su suprema distinción, su noble carácter y los generosos sentimientos, propios de su raza, que en ella resplandecen.

Se casó en Praga, el 28 de Abril de 1894, en la capilla del Cardenal Schoenborn, Príncipe Primado de Bohemia, siendo este purpurado quien bendijo su unión con Carlos VII.

Por condescendencia hacia cierta Archiduquesa, el Gobernador de Praga, obedeciendo sin duda órdenes superiores y aprovechando la circunstancia de estar suspendidas las garantías constitucionales y de hallarse la capital de Bohemia en estado de sitio, prohibió la asistencia á la ceremonia nupcial, de los españoles y franceses que, en gran número, se proponían concurrir á aquel acto. La prohibición arbitraria sirvió solamente para tejer una corona de persecución á la Augusta Señora, y para dar ocasión á que Carlos VII protestase el mismo día de su matrimonio en una noble y enérgica carta, dirigida al Emperador de Austria, contra la despótica medida, aprovechando la oportunidad para reiterar, en términos claros y precisos, sus propósitos inquebrantables de mantener siempre sus derechos, y afirmarse único juez del momento y modo de reivindicarlos para bien de su amada patria.

A su llegada á Venecia recibió en el Palacio Loredán, su actual residencia, el pleito homenaje de los representantes de la verdadera España y de algunos nobles franceses, fieles al derecho sálico en toda su pureza.

No se ha separado un solo instante de su Augusto Esposo, desde el día de su casamiento, acompañándole en 1895 en su viaje á Egipto y peregrinación á Tierra Santa, y el 30 de Septiembre de 1896 á Trento, al solemne *Te Deum* de clausura del primer Congreso antimasónico.

Tanto en Italia como en Suiza, ha recibido en estos últimos años á gran número de españoles, amigos y adversarios de nuestra Causa, ganándose el respeto y las simpa-

tías de todos, y cuantos la han visto, sin distinción de partidos, han dado á conocer en nuestra Patria sus altas dotes y soberanas condiciones, haciendo popular en España el nombre de María Berta.

Celebra sus días el 4 de Julio.

## HIJOS

**S. A. R. el Príncipe Don Jaime de Borbón y Borbón.**—Nació el 27 de Junio de 1870, en la quinta de Faraz, Vevey (Suiza), administrándole el bautismo Monseñor Serra, Obispo de Daulia, en el salón donde poco antes se había reunido la célebre junta de Vevey, transformado en capilla, con el Estandarte Real de la Generalísima, puesto sobre el altar. Impusiéronle los nombres de Jaime, Juan, Carlos, Bienvenido, Sansón, María de los Dolores, Pelayo, Hermenegildo, Recaredo, Alvaro, Fernando, Gonzalo, Alfonso, Pío, Enrique, Luís, Roberto, Francisco, Ramiro, Joaquín, José, Isidro, Leandro, Miguel, Gabriel, Rafael, Pedro, Felipe, Benito, siendo padrinos suyos sus augustos abuelos paternos Don Juan y Doña María Beatriz. Reconocido como Príncipe de Asturias desde su nacimiento, por los legitimistas españoles, fuéle impuesta solemnemente, el 2 de Agosto de 1870, la Cruz de la Victoria, llevada á Vevey por una comisión asturiana, en delegación de aquel Principado. Desde la muerte de su augusto Abuelo Don Juan, reconócenle también los franceses fieles al derecho sálico como el Delfín de Francia.

Durante la guerra de España visitó á su augusto Padre

en el Norte, y Carlos VII, levantándolo en sus brazos, lo presentó al ejército que desfilaba en su presencia. Hizo sus estudios primero en Passy, bajo la dirección del General D. León Martínez Fortun, del Brigadier D. Emilio Martínez Vallejo y del presbítero D. Manuel Barrena, y luego en los Colegios de Vaugirard (Francia) y Beaumont (Inglaterra), ambos de Padres jesuítas. Gravísimamente enfermo en Munich, durante los meses de Octubre y Noviembre de 1886, obtuvo la curación después de universales rogativas en España.

Fué encargado de entregar personalmente á Su Santidad León XIII, el pectoral de brillantes de familia que los Duques de Madrid, con motivo del Jubileo Pontificio, ofrecieron á Su Santidad. Ingresó como alumno en la Academia Imperial y Real de Wiener-Neustadt (Austria), el 21 de Septiembre de 1890. Terminados brillantísimamente sus tres años de estudios militares, y no pudiendo servir, por razones políticas, en el ejército austriaco, emprendió un viaje de instrucción al extremo Oriente, acompañado por el joven oficial D. Fernando de Respaldiza, y llevado de su amor á la Patria, no quiso regresar á Europa sin conocer las Islas Filipinas, en las que desembarcó de incógnito, permaneciendo quince días en aquella perla de nuestras posesiones coloniales. Impulsado por ese mismo amor, y con permiso de su augusto Padre, recorrió, en compañía de D. Tirso Olazábal, casi toda España, en los meses de Junio y Julio de 1894, burlando la vigilancia del gobierno liberal. Tanto al despedirse de la Patria, en Barcelona, como en las reuniones que celebró en Urrugne y en San Juan de Luz, con legitimistas españoles, electrizó á éstos con sus nobles y solemnes declaraciones de fidelidad al Rey, su Padre, y á nuestra Santa Bandera. Posterior-

mente, y obedeciendo siempre al mismo deseo patriótico de estudiar todos los problemas que interesan á España, fué á Marruecos, acompañado por el Marqués de Villadarias, visitando el interior de aquel imperio en los primeros meses de 1895, y haciendo una larga estancia en Fez, su capital.

A principios de 1896 se presentó, acompañado del Conde de Casasola, en San Petersburgo, á S. M. el Emperador de Rusia Nicolás II, quien le nombró alférez en el regimiento de Dragones de Loubny, número 24. En Diciembre de 1897 fué trasladado al regimiento de Húsares de la Guardia de Grodno, de guarnición en Varsovia.

Celebra sus días el 25 de Julio, fiesta de Santiago, Patrón de España.

**S. A. R. la Infanta Doña Blanca de Borbón y Borbón.**—Nació en Graz (Austria), el 7 de Septiembre de 1868, imponiéndosela los nombres de Blanca de Castilla, María de la Concepción, Teresa, Francisca de Asís, Margarita, Juana, Beatriz, Carlota, Luísa, Fernanda, Adelgunda, Elvira, Ildefonsa, Regina, Josefa, Micaela, Gabriela, Rafaela. Fueron sus padrinos el Duque de Módena, Francisco V y la Reina Doña María Teresa.

Visitó á su augusto Padre en España durante la guerra de 1872 á 1876. Fué educada en los conventos del Sagrado Corazón de Pau, París y Florencia.

Celebra sus días el 5 de Agosto.

El 24 de Octubre de 1889 contrajo matrimonio, en la capilla del castillo de Frohsdorf, con su Alteza Imperial y Real el Archiduque de Austria, *Leopoldo Salvador*, María, José, Fernando, Francisco, Carlos, Antonio, Juan Bautista, Javier, Luís Gonzaga, Wenceslao de Hapsburgo Lorena, Comandante entonces de Artillería en el ejército austriaco,

hoy General de la misma arma y Coronel propietario del Regimiento de Infantería que lleva su nombre. Nacido el 15 de Octubre de 1863, hijo primogénito del Archiduque Carlos Salvador y de la Archiduquesa María Inmaculada Clementina de las dos Sicilias.

De este matrimonio nacieron las Archiduquesas *Dolores*, *María Inmaculada* y *Margarita* y los Archiduques *Raniero* y *Leopoldo*.

Tiene su domicilio en el Palacio de Toscana, en Viena, pero reside con su augusto Esposo en las diferentes guarniciones á donde éste va destinado.

**S. A. R. la Infanta Doña María Beatriz de Borbón y Borbón.**—Nació en la *Villa du Midi*, Pau, el 21 de Marzo de 1874, encontrándose Carlos VII en las operaciones de Somorrostro. Recibió los nombres de María Beatriz, Teresa, Carlota, etc., siendo sus padrinos sus bisabuelos maternos los Señores Duques de Parma.

A los pocos meses de su nacimiento fué conducida á España para que la conociera su augusto Padre. Concluyó su educación en el Convento de Damas Salesianas, de Zangberg (Baviera).

Celebra sus días el 10 de Mayo.

El 27 de Febrero de 1897 contrajo matrimonio en Venecia, con Don Fabricio Massimo, *Príncipe de Roviano*, Duque de Anticoli-Corrado.

Residen en Roma, Palacio Massimo, *alle Colonne*, y en el castillo de Roviano.

**S. A. R. la Infanta Doña María Alicia de Borbón y Borbón.**—Nació en Pau el 29 de Junio de 1876, recibiendo en la pila bautismal los nombres de María Alicia, Ildefonsa, Margarita, etc., y teniendo por padrinos al Infante Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este y á la gran

Duquesa Alicia de Toscana. Educóse en el Convento del Sagrado Corazón de Florencia y al lado de sus augustos Padres.

Celebra sus días el 16 de Diciembre.

El 26 de Abril de 1897 contrajo matrimonio en Venecia con Su Alteza Serenísima el *Príncipe Federico de Schoenburg Waldenburg*, teniente de coraceros bávaros en el Regimiento «Príncipe Carlos Teodoro», nacido en Gauernitz (Sajonia) el 20 de Octubre de 1872, y que el 5 de Junio de 1895 había abjurado los errores luteranos en que fué educado, convirtiéndose al Catolicismo. Bendijo su unión, como dos meses antes la de la Infanta Doña María Beatriz, el Cardenal Sarto, Patriarca de Venecia.

Residen en el castillo de Fahrenbuhl, Martinlamitz (Baviera).

## HERMANOS

**S. A. R. el Infante Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este.**—Nació en Londres el 12 de Septiembre de 1849, habiéndosele bautizado con los nombres de Ildefonso, Carlos, Fernando, Juan, José, y siendo sus padrinos Carlos VI y la Señora Condesa de Chambord.

A la edad de dieciocho años sentó plaza, como soldado raso, en los zuavos pontificios, ascendiendo, sucesivamente, á cabo, sargento y alférez, hasta que el 20 de Septiembre de 1870, cayó Roma en poder del ejército italiano, en cuya fecha le correspondió la defensa de la Puerta Pía, teniendo entre los 80 zuavos que allí mandaba, bastantes

españoles. El inmortal Pontífice por quien entonces expuso la vida, le confirió la Gran Cruz de Pío IX, y al morir hizo en su testamento honrosa y cariñosa mención del augusto Alférez de sus zuavos, legándole un precioso trabajo de nácar, de gran tamaño, representando la Resurrección.

Al estallar la guerra de España, mandó en jefe, por nombramiento de su augusto Hermano, los ejércitos de Cataluña y del Centro, que él formó y organizó, dirigiendo en persona entre otros muchos hechos de armas, la batalla de Alpéns, y las tomas de Cuenca, Igualada y Berga.

Acompañado siempre de su augusta Esposa, ha recorrido en multitud de viajes las cinco partes del mundo. Estrechamente unido en principios, ideas y sentimientos á su augusto Hermano, merece ser citado como modelo de Príncipes y de carlistas.

Celebra sus días el 23 de Enero.

Son sus residencias la *Villa Nieves*, en Graz, y el castillo de Ebenhueyer, en la Alta Austria.

El 26 de Abril de 1871 casó, en el castillo de Heubach (Baviera), con su prima

**S. A. R. la Infanta Doña María de las Nieves de Braganza.**—Nacida en el Castillo de Heubach el 5 de Agosto de 1852, hija del difunto Rey de Portugal, Don Miguel I y de la Reina Doña María Adelaida. Fueron sus padrinos de bautismo su tío materno el Príncipe de Lowenstein y su tía paterna Doña Isabel de Braganza y Borbón, imponiéndola los nombres de María de las Nieves, Isabel, Eulalia, Carlota, Adelaida, Micaela, Rafaela, Gabriela, Gonzaga, Francisca de Paula y de Asís, Sofía, Inés, Ramona. Acompañó á su augusto Esposo en la guerra de España, tomando parte al lado suyo en todos los combates que el Infante dirigió en el Centro y Cataluña, y asistiendo

en el Norte á la batalla de Montejurra, mereciendo por su intrepidez el nombre de heroína, así como la Gran Cruz roja del Mérito Militar y varias medallas conmemorativas de batallas. Contrariamente á lo propalado por los enemigos, mitigó en cuanto le fué posible la suerte de los heridos y prisioneros, con igual constancia y energía que en la guerra acompañó al Infante D. Alfonso en todos sus peligrosos viajes.

Celebra sus días el 5 de Agosto.

## PADRES

† **Don Juan III de Borbón y de Braganza.**— Nació en Aranjuez el 15 de Mayo de 1822. En virtud de la renuncia de su hermano Carlos VI, le sucede en los derechos á la corona de España. Los abdica en su Hijo Carlos el 3 de Octubre de 1868. Para dar ejemplo á todos, vino á España en la guerra de 1872 á 1876, y en vista de sus deseos de coadyuvar al triunfo de la causa de su augusto Hijo, nombróle Carlos VII Ingeniero general de sus Reales ejércitos, en los que se distinguió por su ciencia y sus talentos, inventando un puente de barcas de goma, que se ensayó en Azpeitia con excelente resultado.

Gran naturalista y consumado físico emprendió con intrepidez nada común, impulsado por móviles de investigaciones científicas, viajes arriesgadísimos, en especial á las regiones polares.

Por la muerte de Enrique V, y en virtud de la ley sálica, hereda sus derechos como primogénito y jefe de la

Casa de Borbón. Falleció en Brighton el 18 de Noviembre de 1887.

Casó en 6 de Febrero de 1847 con **Doña María Beatriz Ana Francisca**, *Archiduquesa de Austria*.—Hija segunda del Duque de Módena, Francisco IV, y de su Esposa María Beatriz, Princesa de Saboya. Nació el 13 de Febrero de 1824.

Dedicó su existencia á la educación de sus hijos Carlos VII y el Infante Don Alfonso, y una vez terminada ésta, se retiró, previo consentimiento de la Familia Real proscrita, al Convento de Carmelitas Descalzas del Graben, en Graz, donde llevó durante 26 años una vida de penitencia y edificación, rezando por sus hijos y por España. En Diciembre de 1897, á ruego de sus augustos Hijos y para evitar persecuciones á las monjas, cuando los trastornos de Graz, trasladóse á Gorizia, al convento de Hermanas de la Cruz, continuando en aquella clausura la misma vida ejemplar.

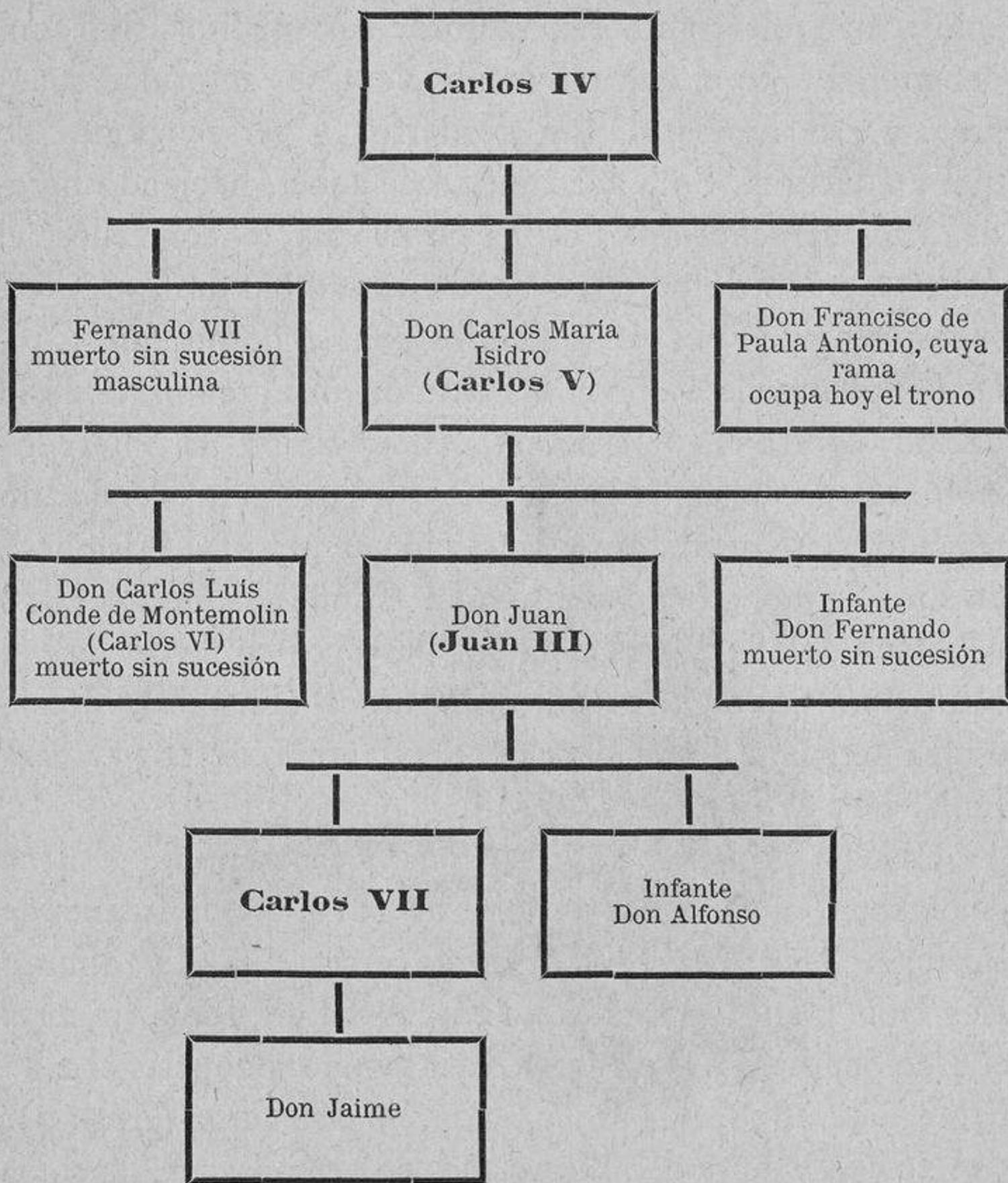
Ha escrito en español, alemán, italiano y francés, multitud de obras de propaganda religiosa, ocultando siempre su nombre, lo mismo que en otras infinitas obras de piedad, á las cuales se dedica sin descanso.

Celebra sus días el 10 de Mayo.

## ABUELOS Y TÍOS PATERNOS

† **Don Carlos V María Isidro de Borbón**.—Nació el 28 de Marzo de 1788. Hijo de Carlos IV y de la Reina María Luisa, cuya descendencia apta para reinar, fué la

siguiente, según el orden en que era llamada á suceder en el trono, con arreglo á la ley española de Felipe V:



Después de los sucesos de Bayona y Valençey y de las renunciadas arrancadas al resto de la Real Familia por Napoleón I, y á las cuales él fué el único que no consintió en suscribir, resistiendo heroicamente al capitán del siglo, el Infante D. Carlos María Isidro podía considerarse, en dere-

cho puro, como Rey legítimo. Sin embargo, modelo de rectitud y desinterés, dió á todos ejemplo de sumisión mientras vivió su hermano primogénito Fernando VII, no sólo acatándole como el primero de sus súbditos, sino condenando á todo el que no reconociera su autoridad soberana, y eso á pesar de los destierros y persecuciones de que fué víctima. Sólo á la muerte de aquél, habiendo heredado los derechos á la Corona de España, y con ellos el deber sagrado de protestar contra el cambio de la ley de sucesión, peleó por reivindicarlos con el nombre de *Carlos V* durante siete años, al frente de una gran parte de la nación, contra el gobierno de hecho y contra la intervención armada de Inglaterra, Francia y Portugal, siendo no vencido, pero vendido por la traición de Maroto. Prisionero de Luís Felipe, adoptó el título de Conde de Molina el 18 de Mayo de 1845, al abdicar sus derechos en favor de su hijo primogénito, y partió de Bourges (Francia), donde estaba detenido desde el 14 de Septiembre de 1839, para Italia el 17 de Julio de 1845.

Casó en primeras nupcias, por procuración, el 4, y en persona, el 29 de Septiembre de 1816, con la Infanta de Portugal *Doña María Francisca* de Asís, hija del difunto Rey Don Juan VI (nacida el 22 de Abril de 1800, muerta el 4 de Septiembre de 1834), y en segundas nupcias el 2 de Febrero de 1838, por procuración, en Salzburgo (Austria), y el 20 de Octubre del mismo año, en persona, en Azpeitia, con *Doña María Teresa* de Braganza, Infanta de Portugal, Princesa de Beira, hermana de la anterior, viuda de Don Pedro, Infante de España (nacida el 29 de Abril de 1793, muerta en Trieste el 17 de Enero de 1874).

Falleció en Trieste el 10 de Marzo de 1855, tributándosele en el funeral honores de Soberano reinante, y gra-

bándose en su sepulcro este epitafio, que resume toda su vida:

*Carolus V, Hispaniarum et Indiarum Rex, in prosperis modestus, in adversis constans.*

De su primer matrimonio tuvo por hijos:

† **Don Carlos VI** *Luis María Fernando*.—Nació en Madrid el 31 de Enero de 1818. Fué Príncipe de Asturias, desde la muerte de Fernando VII. Adopta el título de Conde de Montemolín al aceptar la abdicación paterna de 18 de Mayo de 1845. Bajo el nombre de Carlos VI, álzanse por él en armas Cataluña, Aragón y Valencia, durando la guerra dos años, 1848 y 1849. Aunque con adversa fortuna, mantuvo en vigor la protesta del derecho, tratando, en más de una ocasión, de reconquistar la Corona.

Casó en Nápoles con *Doña María Carolina*, Princesa de las Dos Sicilias.

Muere sin descendencia en Trieste, al mismo tiempo que su augusta Esposa, el 13 de Enero de 1861.

† *Don Juan Carlos María Isidro*.—(Véase **Padre**).

† **S. A. R. el Infante Don Fernando María José**.—Nació en Madrid el 19 de Octubre de 1824. Después de una existencia consagrada por completo al servicio de la legitimidad y de nuestros principios tradicionales, muere soltero en el castillo de Brunsee (Austria), el 2 de Diciembre de 1860. Lo rápido y misterioso de su muerte, acaecida al regresar de una peregrinación, á pie y descalzo, al Santuario de María Zell, en cumplimiento de un voto hecho por salvar la vida de su augusto Hermano, en los acontecimientos de San Carlos de la Rápita, dió lugar á comentarios de todos géneros, que tomaron mayor incremento cuando á los pocos días siguió á aquella muerte la no menos

súbita de Carlos VI y Doña María Carolina. Estos tres fallecimientos, ocurridos á raíz de los sucesos de la Rápita, fueron atribuídos por unos, al pesar producido por aquel fracaso, y por otros, á envenenamiento: versión que no han podido desarraigar del ánimo de muchos las categóricas negativas de los médicos que asistieron á los augustos enfermos.

Los restos mortales del Infante Don Fernando están depositados en Trieste, en la capilla de San Carlos, de la Catedral de San Justo, donde también se han conducido los de todos los otros miembros difuntos de la Familia Real española proscripta, para la cual sirve aquella capilla de panteón interino, hasta que Dios permita, con el triunfo de nuestra Bandera, su traslado definitivo á El Escorial.

---

# SEGUNDA PARTE

## SU PRESENTE

---

### EL HOMBRE

Lo primero que impresiona al que tiene el honor de ser recibido por Don Carlos, es su elevada estatura, constitución vigorosa, y juventud no pensada. Todos se sienten pequeños á su lado. Inundadas están Europa, América, y sobre todo España, de retratos suyos, por lo que nada hemos de decir de sus facciones nobilísimas, frente despejada, negro y abundante cabello, nariz sin el sello borbónico, aspecto bondadoso y sonriente, gravedad majestuosa y corte militar, señoril y caballeresco. Acaba de cumplir los 50 años, se encuentra sobre la cumbre de la áspera montaña de la vida, es enemigo de toda afeminación y afeitado, y apenas se nota algún que otro hilo plateado en su poblada y rizada barba. Brillan en sus ojos la inteligencia y el imperio; basta verle y oírle para convencerse de que está en la plenitud de sus facultades mentales y físicas, y tanto es, gracias á Dios, el vigor de su espíritu y la salud de su cuerpo, que cuantos hemos tenido el honor de tratarle íntimamente, haciendo en Loredán vida de familia, podemos asegurar

en conciencia que para el Sr. Duque de Madrid, ni ha comenzado el descenso, ni hay el menor indicio de que empiece en muchos años.

Negocios puramente individuales y privados son la salud, longevidad, temperamento, decadencia y carácter de los simples ciudadanos; pero no los de los príncipes, que tan hondamente pueden influir é influyen en el bienestar y destino en las naciones. Por eso, á fin de corroborar nuestras personales apreciaciones, no dejándonos seducir por las apariencias, á veces engañosas, hemos consultado el caso con el profesor G. Cini, primario del Hospital civil de Venecia, y médico de Don Carlos hace quince años, quien nos ha dicho que el Sr. Duque de Madrid es un perfecto tipo fisiológico, tan saludablemente equilibrado por no predominar en él ningún sistema, ni ningún aparato orgánico, que la clasificación científica de su temperamento *mixto* es difícil, aunque pudiera calificarse de *sanguíneo nervioso*, con todas las ventajas de uno y otro, como la inteligencia desarrollada, la imaginación viva, fuerza extraordinaria de resistencia orgánica, considerable desarrollo y energía del pulmón y del corazón, movilidad é impresionabilidad grandes, notable desarrollo del sistema muscular, respiración amplia y profunda, digestión fácil, asimilación rápida, etc., sin exageración en sus inconvenientes; que su constitución es robustísima, su salud completa, sin que se advierta en él predisposición marcada á ninguna enfermedad; y que tiene, por último, probalidades de muy larga vida.

Esto no obstante, si desgraciadamente sucediera otra cosa, asegurada queda su sucesión en las personas de su amado primogénito el Príncipe Don Jaime de Borbón y de Borbón, y de su augusto hermano el Infante Don Alfonso

de Borbón y de Austria-Este, cuyos apuntes biográficos figuran en la primera parte de este escrito.

Sus costumbres ordenadas, su vida higiénica, su puntualidad casi matemática y distribución habitual y estudiada del tiempo, conservan su salud y favorecen su temperamento. Frugal en la comida, sobrio en la bebida, habituado á trasnochar y á dormir poco, fuma mucho á la española, toma dos ó tres tacitas de café después del almuerzo y la comida, conversando agradablemente en el salón de banderas, da largos paseos diariamente, juega á veces al billar, detesta los naipes, le entretiene el teatro, y dedica muchas horas á la lectura, escritura y política. Años atrás montaba á caballo á menudo y encantábanle los viajes largos y hasta penosos.

Pero lo que sobresale en Don Carlos y admiran cuantos le conocen á fondo, es su *carácter* verdaderamente regio y varonil. Medita mucho las cosas, robándole no pocas veces el sueño tales meditaciones; le preocupan hasta lo que gentes menos expertas llamarían *pequeñeces*; consulta con todos antes de decidirse, y es más propenso á escuchar (virtud de práctica difícil y menos generalizada de lo que se cree) que á hablar; pero, después de tomada alguna grave resolución y dada la orden, exige irremisiblemente su cumplimiento.

En este desventurado siglo de general rebajamiento moral, de componendas, transacciones y debilidades vergonzosas, Don Carlos, que no ha transigido nunca con la impiedad, la revolución, la masonería, las constituciones parlamentarias, ni aun con el liberalismo mal llamado *católico*, porque todo liberalismo es herético, se ofrece á la consideración de amigos y adversarios como verdadero y típico *carácter*, condición indispensable para el ejercicio de la so-

beranía. Las voluntades apocadas, débiles y enfermizas, comienzan por no saber dominarse á sí propias y concluyen por ser juguete de los demás. Nuestro augusto Jefe, destinado sin duda por Dios para reinar en la más regocijada península de la tierra y gobernar un gran pueblo, tanto más grande cuanto más pequeños resultan los gobernantes que lo explotan y arruinan, no se concibe á su lado ni la posibilidad siquiera de favoritos y camarillas. Es caballero, como su inolvidable tío Enrique V, y admira en consorcio perfecto la férrea energía de una voluntad indomable, cuando de resoluciones trascendentales se trata, con la ingénita bondad de su corazón que le impulsa á ser amable é indulgente con todos, y á recibir con los brazos abiertos á cuantos le visitan, sobre todo si son españoles.

Multitud de casos pudiéramos escoger en la fecunda historia de su vida para corroborar nuestra tesis, demostrando con hechos históricos, de autenticidad indudable, que Don Carlos es todo un *carácter*, como apenas se encontraría otro entre los Príncipes.

Comenzaba apenas su mocedad cuando, por los años de 1868, el general carlista Masgoret, cargado de méritos, de años y de achaques, ofreció su espada en París á Don Carlos. Por lo visto el veterano creyó habérselas con un niño, é intentó sobreponérsele; pero Don Carlos, no solamente le negó su confianza, sino que le privó de todos sus empleos y honores.

En el negro asunto de Cabrera, Don Carlos fué el único que vió claro, y que contra el parecer de todos los prohombres del partido resistió cuanto pudo. Copiamos literalmente de su *Diario*: «No debía resistir más, y no resistí. Dije sólo en un célebre Consejo:—Quiero que venga

Cabrera: sé que Cabrera no vendrá: si viene, será para nuestro mal: de esto estoy bien seguro, pero quiere España, quiere el partido que venga, y yo no puedo consentir que en ningún tiempo se diga que Carlos de Borbón, por terquedad, se opuso á algo que pudiese redundar en bien de la Patria: hago, pues, el sacrificio de mi amor propio, y por mucho que me cueste, que ustedes nunca podrán apreciarlo en su justo valor, escribo á Cabrera, y le escribo sólo por el amor que tengo á España, y quiera Dios que este gran sacrificio que hago por ella redunde en su bien y que yo esté equivocado, como quiero esperarlo después de haber oído el parecer de tantos leales y de hombres de tanto saber, que en este punto ven las cosas diametralmente opuestas que yo.—Dicho esto encargué á Aparisi la redacción de la carta á Cabrera, pues á mí *me es imposible escribir lo que no siente el corazón*. Redactada, la firmé, y una comisión, compuesta de Aparisi, los condes de Fuentes y Orgaz y no sé quién más fué á Baden-Baden á verse con Cabrera. Aparisi dijo al marcharse: ó traigo á Cabrera, ó lo mato; pero, por entonces, ni lo traje, ni lo maté.» Los sucesos posteriores, que todo el mundo conoce, dieron por completo la razón á Don Carlos. Cabrera estaba inficionado ya de liberalismo-protestante, y el joven Duque de Madrid fué el *único* que presintió tanta ignominia.

El año 1872, terminada, al parecer, la guerra civil con el vergonzoso convenio de Amorevieta, amañado por Serrano y ciertos alfonsinos encubiertos, Don Carlos mandó que se hiciera un levantamiento general; alegaron los jefes carlistas que carecían de medios para cumplimentar la orden, y fueron degradados y destituidos en el acto, á pesar de sus canas y servicios, los generales Carasa, Aguirre, Valdespina, y otros, que reconocieron su error, confirma-

ron con hechos la posibilidad del alzamiento, impetraron la clemencia de Don Carlos y lograron, al fin, el generoso perdón que anhelaban.

Con la energía del que sabe mandar y tiene conciencia de su autoridad y de su derecho, cortó en 1888 la rebelión nocedalina en aquel hermoso documento que, fechado en Graz el 14 de Junio de aquel año, escribió á Don Ramón Nocedal diciéndole, entre otras cosas tan bien pensadas como castizamente escritas:

«No te engaña la conciencia al sugerirte que debo estar muy enojado contigo. Lo estoy á tal punto, que sólo por la memoria de tu padre, que fué siempre modelo de disciplina, consiento en escribirte yo mismo, aunque por tu conducta no lo merecerías.

»Has faltado á tu misión de periodista monárquico y á tus deberes de súbdito leal, introduciendo en nuestro campo la discordia, con empeño que sólo iguala al que pongo yo en extinguirla.....

»El deber de nuestra prensa es sostener los principios inscritos en mis Manifiestos, que han resistido el examen de veinte años laboriosísimos de nuestra historia y que son la síntesis de la política cristiana y verdaderamente española; mantener la fe entre nuestros adeptos, y atraer á los hombres de recta intención, desvaneciendo preocupaciones que los liberales tienen interés en propagar.....

»La gracia de Dios, la viril educación que he debido á las vicisitudes de mi vida, y los ejemplos de mis augustos antecesores, muertos en el destierro por no transigir con la revolución en poco ni en mucho, me han enseñado á no temer el número.....

»Dios te ilumine y te detenga á tiempo en la peligrosa pendiente donde nadie sentiría más que yo verte despeña-

do, pues *si no entras por el camino del deber y de la obediencia*, ésta es la última vez que te hago el honor de dirigirme á tí.  
—*Carlos.*»

Así hablan y escriben las autoridades indiscutibles.

Concertadas en 1894 las segundas nupcias de Don Carlos con la angelical Princesa Doña María Berta de Rohan, y regulada la familia del Sr. Duque de Madrid por el Gran Mariscalato austriaco, en razón al título de Archiduquesa de Austria que ostenta su santa Madre, cumplió caballerosamente Don Carlos con ineludible deber de cortesía participando su próximo enlace al emperador de Austria Francisco José, quien, según nos asegura persona respetable que ha leído la carta, contestó llamándole *querido y buen Primo*, felicitándole por sus bodas, agradeciéndole los sentimientos y seguridades de adhesión personal al Emperador, su casa é Imperio; pero, mal aconsejado sin duda, evocaba las relaciones de amistad íntima que le unen á la Regente de España y á Don Alfonso, para recordarle que la política debía quedar excluída de las bodas, y fundándose en la perfecta lealtad de D. Carlos, se complacía en creer que el Sr. Duque de Madrid sabría evitar todo cuanto pudiera obscurecer el asunto y comprometer la permanencia de Don Carlos en Austria.

Tan inesperada contestación, probablemente hubiera quedado sin respuesta para un pretendiente al trono español, menos leal y caballero que Don Carlos, para un Príncipe ambicioso que prefiriese á todo la protección de las grandes potencias; pero Don Carlos, que fia en Dios y en los españoles la realización de sus ideales y cumplimiento de sus deberes políticos, escribió al Emperador en estos hermosos términos:

«Acaba de celebrarse mi matrimonio con la Princesa

María Berta de Rohan, y me apresuro á reiterar á V. M. la seguridad de mis sentimientos para con su Persona.

»V. M. ha hecho un llamamiento á mi lealtad. Yo no sería digno si no respondiese con esta misma lealtad que V. M. me reconoce.

»Con mi nacimiento he recibido una herencia de derechos y deberes, tan noble como difícil, á la que no renunciaré jamás con la gracia de Dios. Yo reivindicaré esta herencia sagrada, si el interés del país lo exige, por todos los medios que me sugieran mi amor á España y la deuda de reconocimiento contraída por mí y los míos para con los fieles á mi causa.

»Pero V. M. puede estar seguro de que si estos medios, de los cuales mi conciencia es juez único, fueran algún día de tal naturaleza que creasen dificultades á V. M., antes de recurrir á ellos me apresuraría á salir de su Imperio, y en ningún caso sería yo causa de conflictos para V. M. en su gobierno.

»Como garantía de mi sinceridad, puedo invocar los desagradables hechos que acaban de tener lugar en Praga. El Gobernador Conde de Thun participó á mi cuñado el Príncipe Alaino de Rohan, que á mis amigos de España y Francia les estaba prohibido asistir á las ceremonias de mi matrimonio, lo que bastó para que nos reuniésemos estrictamente en familia, dejando sin efecto todas nuestras invitaciones, y hasta sin que yo quisiera profundizar si el Conde de Thun obraba espontáneamente ó en virtud de órdenes ministeriales.

»Y yo estaba íntimamente persuadido de que V. M. no había tenido intervención alguna en tales prohibiciones, que hubieran podido interpretarse como prueba de la fuerza que se le reconoce en España á mi causa y de los temores que inspira en Madrid.

»Quiera V. M. recibir la expresión de los sentimientos de alto aprecio y de sincera amistad con que se reitera de V. M. bueno y afectísimo Primo

CARLOS,  
*Duque de Madrid.*

»Praga 28 de Abril de 1894.»

Con motivo de reciente y doloroso acontecimiento de familia, que no hay para qué detallar, ha brillado también como luz meridiana el carácter enérgico y valeroso de Don Carlos en el siguiente documento, que si hizo chorrear sangre al corazón del padre, firmó con pulso seguro el jefe de la Casa de Borbón y de los legitimistas españoles y franceses:

«Venecia 16 de Noviembre de 1896.

»A los carlistas:

»Sois mi familia, mis hijos queridísimos, y me considero en el deber de anunciaros que otra hija mía, la que fué infanta Doña Elvira, ha muerto para todos nosotros. Que Dios, en su infinita misericordia, se apiade de aquella alma infeliz. En este golpe terrible que me parte el corazón, me siento fortalecido por dos consuelos supremos: la gracia de estado que pido con todo el fervor de siempre, y la seguridad de que no han de faltarme ni vuestras oraciones, ni vuestro cariño, que de todo me compensa. Carlos.»

Y á propósito, entre el gran número de pruebas de profunda simpatía que el Sr. Duque de Madrid recibió con motivo del anterior documento, parécenos merecedora de mención especial la carta que le escribió el Pastor de su diócesis, el venerable y virtuoso Cardenal Sarto, Patriarca de Venecia, y que traducida del italiano, dice así:

«Alteza Real:

»La desgarradora y dignísima carta que V. A. ha dirigido á los fieles carlistas, y que veo publicada en los diarios, me entera de la gran tribulación que hiere su corazón de Padre y de Príncipe.

»Vivísima parte tomo en su justo dolor, y no dejaré de rogar al cielo para que derrame bálsamos consoladores sobre esta cruel herida y para que, con el auxilio de la gracia divina, aligere el peso de la cruz que cae sobre V. A., sobre la Real Familia, y sobre todos aquellos que, por la sangre ó por el afecto, le pertenecen.

»Permítame que con reverente y perfecta consideración me firme

»De V. A. R.

»devotísimo y afectísimo servidor de verdad

† José, Cardenal Sarto,  
*Patriarca.*

»Venecia 23 de Noviembre de 1896.»

Tan valerosa energía no se opone á su bondad ingénita y corazón grande; antes al contrario, parece más bien que lo segundo sea complemento natural y refrigerante de lo primero.

Más bien por su obstinada indisciplina que por sus crueldades, acerca de cuyo particular han fantaseado y hasta calumniado mucho al pobre sacerdote los liberales, previo consejo de guerra, condenó á muerte al famoso Cura Santa Cruz, durante la campaña última. Terminada ésta, lo encontró en Londres, el Cura temía y no quería presentarse delante de Don Carlos; pero éste le recibió y perdonó cariñosísimo.

Con el mismo magnánimo afecto ha contestado varias

veces telegramas de inesperada felicitación que ha recibido de una hija de Cabrera, con posterioridad á la muerte y negra traición de su padre el general famoso; y en idéntica forma recibió y trató en América al hijo del traidor Maroto.

Todos estos hechos y otros muchos, que pudiéramos rebuscar y referir, prueban que en Don Carlos se hermanan perfectamente la bondad y la energía, lo cortés y lo valiente, como dice el refrán español.

## EL HIJO

Don Carlos siente verdadera adoración por su augusta Madre la Archiduquesa Doña María Beatriz de Austria-Este; y sabido es que esta santa Princesa, sin ser monja, ó lo que es lo mismo, sin haber profesado en religión alguna, espontáneamente y movida por su fe ardiente y devoción sin par, vive recluída en el claustro desde el 18 de Febrero de 1872. Hasta hace pocos meses estuvo entre las hijas del Carmelo, en el convento del Graben de Graz; y hoy día vive con las Hermanas de la Cruz en Gorizia. La conducta prudente, previsora y cristiana de Doña María Beatriz para con sus hijos, durante la infancia y aun en los primeros años de la juventud de éstos, mal interpretada y peor comprendida, dió pie para que se supusiera á Don Carlos poco menos que secuestrado ó prisionero, y para que se calificara á su santa Madre de más austriaca é italiana que española. Esta tirantez de relaciones, dado el carácter vehemente y el españolismo exaltado de Don Carlos en sus mocedades, lógicamente hubiera podido engendrar en el corazón del jo-

ven Príncipe, si la antipatía no, la indiferencia al menos para con su Madre; pero no sucedió así: el amor filial se sobrepuso á todo, y el Sr. Duque de Madrid experimenta hoy complacencia grande al publicar y repetir estas sus auténticas declaraciones sobre tales días críticos de su vida:

«Han caído en gravísimo error los que han supuesto que mi Madre, por no exponernos á peligros que amedrentaban su ternura, quiso en nuestra niñez apartarnos de la política y secuestrarnos, por decirlo así, alejándonos de los intereses españoles. Nada más ajeno á la verdad, y nada más opuesto á su carácter generoso y noble hasta el heroísmo, que esos móviles pequeños. Prueba de ello, su entusiasmo cuando mi hermano Alfonso ingresó en el ejército pontificio, y después cuando él y yo fuimos á la guerra de España. Los peligros no influían para nada en el ánimo de mi Madre. A sus ojos, todas las cosas de este mundo, incluso la vida, tenían que sacrificarse sin vacilar cuando el cumplimiento del deber lo exigía.

»En error no menos craso han incurrido los que la acusaron de no querer á España, y de ser más italiana y austriaca que española. Mi Madre amó á la patria de su marido y de sus hijos, y se identificó con ella, no sólo por deber, sino por natural inclinación, y pudiera decirse, que hasta por temperamento. Desde la infancia fueron los Santos españoles sus Santos predilectos, y el carácter español tenía para ella imán tan grande, que probablemente contribuyó no poco esta circunstancia á que escogiese á mi Padre entre los Príncipes que aspiraban á su mano, prefiriéndole á otros de posición más tentadora.

»Cuando niños, nos enseñaba con amor la Historia de España, entusiasmándose y entusiasmándonos con el relato

de los hechos de sus mártires, de sus reyes, de sus descubridores, de sus héroes y de sus artistas.

»La clave de su conducta no fué la falta de españolismo. Lo que hubo fué que en trances difícilísimos para la historia de nuestra patria y de nuestra Comunión, surgidos precisamente en la edad más crítica para nosotros, tuvo que apelar mi heroica Madre á toda la previsorá energíá de su corazón, para empuñar con mano firme el timón de la barca que llevaba nuestros destinos y hacerla continuar su derrotero seguro, deslizándose sin chocar entre dos escollos, que á diestra y siniestra la amenazaban: el de exponernos á figurar como rebeldes á nuestro Padre, ó el de dejarnos arrastrar á remolque de él por vías peligrosas.

»Su sólida educación cristiana le había inculcado la verdadera doctrina legitimista, y con ella el más profundo respeto á la idea del Derecho, base del edificio social.

»Mientras mi Padre no renunció la Corona, fué siempre á sus ojos, igualmente que á los de mi tío Enrique V, que pensaba lo mismo, el Rey legítimo de España, pues ni mi Madre ni mi tío podían admitir que las ideas de mi Padre disminuyeran su derecho.

»Hecha esta salvedad, nadie más sinceramente entusiasta de España, nadie más celosa de su bien, nadie más decidida á afirmar el derecho de mi rama, sin abdicación alguna, ni deserción siquiera momentánea.

»Quiero que conste así ante la Historia, no sólo por piedad filial, sino porque es la verdad, y porque estoy obligado estrechamente á declararlo; pues en momentos de natural efervescencia y de impaciencia patriótica, frescos todavía ciertos sucesos que no hay para qué remover, Aparisi y Guijarro y yo, algo ofuscados, pudimos contribuir á esparcir la creencia contraria.

»Justo es que tribute este homenaje á mi buena Madre, y con él el testimonio de gratitud por la entereza admirable con que supo cumplir su providencial misión, preservándome de la desgracia de que pudiese aparecer un día ante la posteridad, ó como conculcador de los derechos, poniéndome en frente de mi Padre, ó como conculcador de los principios, haciéndome solidario de sus consejeros.»

¿Qué hemos de añadir nosotros á estas hermosas declaraciones, dictadas por un gran corazón filial? Doña María Beatriz ha sido siempre, y continúa siendo para su primogénito Don Carlos, desde que vino al mundo en la posada de Laybach y fué envuelto en pobres pañales debidos á la limosna, un ángel protector que le viene amparando constantemente, pero de una manera especialísima en los trances duros y difíciles de la vida, no solamente como toda buena madre quiere y ampara á los hijos de sus entrañas, sino también como patrocina los Santos en el cielo á sus devotos, impetrando á todas horas del Altísimo las gracias que éstos necesitan.

Un hecho muy interesante, y que creemos inédito, demuestra hasta qué punto la augusta Señora fué siempre inflexible en la cuestión de derecho y rigurosa observante del deber.

Cuando poco después de los sucesos de la Rápita murieron Carlos VI, su augusta Esposa y el Infante Don Fernando, en aquellos momentos angustiosos, y perdida, al parecer para siempre, toda esperanza de restauración legitimista en España, la Archiduquesa Sofía, Madre del Emperador Francisco José, hizo expresamente un viaje á Praga para visitar á Doña María Beatriz en el Colegio Imperial del Hradtschin, su residencia, portadora oficialmente de la proposición de enviar sus hijos á Madrid, donde se

les esperaba con los brazos abiertos, ofreciéndoles la devolución de su cuantioso patrimonio, el reconocimiento y solemne reintegración en el rango de Infantes, y el más tentador porvenir.

La augusta mensajera puso en relieve, con gran calor y empeño, todas las ventajas materiales de aquel paso, hizo valer la aureola que, en aquellos momentos, rodeaba el trono de Doña Isabel, á raíz de la gloriosa guerra de Africa, insistió en los honores, riquezas y prerrogativas que aguardaban en el Palacio de Oriente á los nietos de Carlos V, comparándolos con la vida de estrecheces, de durísimas pruebas, de persecuciones y de destierro que se abría para ellos si no aprovechaban aquella oportunidad. Trabajo perdido: todo se estrelló ante la entereza y dignidad de Doña María Beatriz, que comprendió perfectamente su papel de madre cristiana, para la cual el patrimonio máspreciado es el honor. Tan enérgicamente rechazó todas las tentaciones, que principió á acreditarse la voz de que, en vista de que no se conseguía doblegar aquel carácter sublime, se apelaría á un golpe de fuerza, arrebatándola sus hijos para llevarlos de todos modos á Madrid. Doña María Beatriz, fuerte en su derecho, en vez de amedrentarse, acudió al Emperador, le expuso el peligro, y solicitó de S. M. guardias especiales para precaver el rapto.

Cuando transcurridos algunos años tuvo Don Carlos conocimiento de la conducta observada en aquella ocasión por su augusta Madre, besábala las manos con efusión, diciéndole: «usted nos ha salvado, ha salvado nuestro honor y nos reserva para España: aunque no hubiéramos de triunfar nunca, arrastraríamos felices la miseria y las humillaciones antes que manchar en lo más mínimo nuestro nombre.

Si Santa Mónica obtuvo con sus oraciones la conver-

sión de su hijo el santo y sabio Obispo de Hipona, Doña María Beatriz, primeramente á su lado y luego desde su retiro del claustro, con sus desvelos, previsiones, consejos, plegarias y penitencias, indudablemente ha obtenido para su hijo el Señor Duque de Madrid esa visible protección del cielo que, durante su ya larga y accidentada carrera mundana, militar y política, ha preservado siempre á nuestro Augusto Jefe de todo peligro espiritual, corporal y social. De tal manera inculcó en el corazón del joven Príncipe, desde su más tierna infancia, con una educación eminentemente cristiana y legitimista, los principios religiosos, morales y caballerescos, que la fe y dignidad de Don Carlos no han vacilado nunca en medio de las incesantes acometidas de sus enemigos espirituales y temporales, ni aun en los pavorosos peligros y críticas vicisitudes que le han salido al encuentro con frecuencia. Después de la gracia divina, á su santa Madre debe Don Carlos esa constancia en la caballeridad y las creencias, que le ha hecho despreciar siempre los halagadores ofrecimientos y tentaciones de cuantos le han adulado para que apostatase de su fe y de su derecho, traicionando su misión providencial y altísima; que le ha preservado de toda contradicción esencial (¡cosa verdaderamente admirable!) en los innumerables documentos que llevan su firma, redactados unos por sí mismo y otros por consejeros de distinto carácter y hasta de opiniones opuestas; y que le ha conquistado, durante estos treinta últimos años de su vida política el respeto y hasta la admiración de propios y extraños. Y á su santa Madre debe también la imponderable felicidad doméstica que disfruta hace cuatro años en el Palacio Loredán, al lado de ese otro ángel tutelar de su existencia la Princesa sin semejante Doña María Berta de Rohan.

Hemos oído decir á Don Carlos: «Si hubiese sido posible conservar y compilar, no ya todas las palabras que he oído á mi Madre, sino todas las cartas que, en circunstancias de índole bien diversa, me ha escrito, se formaría un admirable tratado, tan profundo como voluminoso, de alta política, de sublime moral, de religión, y verdadero tesoro de enseñanzas sociales para Príncipes y caballeros cristianos. En los momentos más críticos de mi vida, en las horas de mayor responsabilidad, lo mismo durante la guerra que en otras guerras no menos terribles, y cruentas sólo para mí, servíame muchísimo al recordar el consejo que en los albores de mi vida oí á mi Madre: Dios te ha dado un corazón recto y noble; en las circunstancias difíciles pídele inspiración, y guíate siempre por él y por tu conciencia. Así lo hice, prescindiendo á veces de los consejos de personas excelentes, pero que no podían estar al tanto de las cosas como yo, y me salió bien.»

El carácter de Don Juan de Borbón y de Braganza, Padre de Don Carlos, sus absorbentes aficiones á los viajes y á las ciencias naturales, sus veleidades en orden á los grandes dogmas de la Comunion católica-monárquica, su poca entereza para con los pérfidos secretarios y consejeros que le rodeaban y abusaron de su bondadosa debilidad, y sobre todo la circunstancia de que Don Carlos se puede decir que no conoció personalmente á su Padre hasta 1868, cuando ya el Hijo era padre también, explicarían hasta cierto punto la indiferencia, ya que no los atrevimientos para con Don Juan, del joven Príncipe su hijo, en quien la España legitimista tenía puestas todas sus ilusiones, cifrando en su porvenir grandes esperanzas.

El fondo del carácter de Don Juan, según hemos oído de labios del mismo Don Carlos, era nobilísimo y español

cual ninguno. Fué muy desgraciado, y los errores en que incurrió eran hijos de generosas alucinaciones, ó de prostraciones invencibles después de desengaños. Tenía puntos de analogía con el difunto Emperador Maximiliano de Méjico. Era hermosa la indignación con que se expresaba cuando hablaba de Gibraltar, á pesar de las simpatías que profesaba á Inglaterra, naturales dada su larga residencia allí. Nada más conmovedor que la ingenua espontaneidad con que, delante de su Hijo y de todos, deploraba haberse equivocado en su juventud sobre la política que convenía á España, y afirmaba que ésta no podía recobrar su grandeza más que con el programa tradicionalista.

Para poner de relieve su actitud, se negaba siempre á ocupar el puesto de preferencia sobre su Hijo, diciendo: «no puedo pasar delante, él es el primero, porque es el Rey;» á lo que replicaba Don Carlos: «pero usted es mi Padre.»

Pues bien, todo esto prueba que Don Carlos, antes que pretendiente á la Corona de España, fué siempre para con su Padre hijo cariñoso, y para con su Rey súbdito modelo. Hasta que Don Juan no abdicó espontáneamente en París el día 3 de Octubre de 1868, Don Carlos no se dirigió á los Soberanos de Europa reivindicando sus derechos y prometiendo dotar á su querida patria de una Constitución *á la vez española y definitiva*, ni se puso al frente del partido, declarándolo así terminantemente el 20 de Julio de 1868 en el Consejo de Londres, ni realizó acto alguno que desdiga de su acendrada piedad filial. Don Juan, para ratificar personalmente y con un acto de resonancia su abdicación espontánea, estuvo también en el Norte durante la guerra carlista última, con su augusto Hijo, quien habla siempre con cariñoso respeto y con elogio del autor de sus días. Al morir le lloró, como hoy le llora, con todo su corazón.

Don Carlos ha cumplido, por consiguiente, como bueno, el precepto de honrar á su Padre y á su Madre, é indudablemente vivirá largos años sobre la tierra.

## EL HERMANO

No ha tenido más que uno, como todos sabemos, S. A. R. el Infante Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este, á quien Don Carlos ha profesado siempre tan intenso cariño fraternal como se merece este modelo de cristianos, de caballeros, de hermanos y de súbditos, y como le conquistan en todas partes su carácter generoso y noble.

Con muchos hechos pudiéramos probar tan hondo y desinteresado cariño; pero nos limitamos á copiar el siguiente del cuaderno XXVI de la *Biblioteca Popular Carlista*, escena acaecida en Vevey el año de 1870 y presenciada por el carlista que la refiere:

«El telégrafo nos había anunciado la semana anterior la caída de Roma. Desde entonces los correos eran cada día esperados con impaciencia, devorados con ardor, y comentados apasionadamente.

»Muchos españoles, entre ellos el que traza estas líneas, se hallaban reunidos en el salón del *chalet* habitado á la sazón por Don Carlos.

»En torno del joven R... el tema de todas las conversaciones era la usurpación de Roma por las tropas de Víctor Manuel.

»—¡Por qué no he podido encontrarme yo allí con los míos!—exclamaba enardecido Carlos VII.

»Pero al dolor que en aquellos corazones de católicos producía el sacrílego atentado, añadíase otra causa de vivísimas inquietudes. El Infante D. Alfonso estaba con los Zuavos pontificios, y nada se sabía de él, á pesar de los días transcurridos. Mensajes á la Embajada de Austria, apremiantes telegramas á los amigos y conocidos, obtenían la misma respuesta invariable: nada se sabía del Infante.

»—¿Si habrá muerto?—decía el R...—No le podríamos llorar entonces; á eso ha ido, á dar su sangre por el Vicario de Cristo, y su muerte sería envidiable.

»En aquel punto ábrese la puerta, y un lacayo entra á prevenir al gentil hombre de servicio que un español, vestido pobremente, de chaqueta, insistía para ser introducido en el acto á la presencia del R...

»Oyólo Don Carlos, que tanto se complace entre la gente de nuestro pueblo, y dió orden para que le hicieran pasar en seguida.

»Imagínese nuestro asombro, cuando apenas apareció, los vimos arrojarse al uno en los brazos del otro gritando: ¡Carlos! ¡Alfonso!

»—No sabes las angustias que por tí hemos pasado—continuó Don Carlos;—te creíamos muerto en defensa del gran Pío IX, y ahora mismo decía cuán envidiable era tu muerte. Pero ya que Dios te ha preservado, será para que me secundes en la obra providencial de salvar á España, luchando allí por el derecho, como has luchado en Roma, pues todas las legitimidades son hermanas, y el que reniega de una, desconoce las demás, como el que á una defiende, á todas sirve.

»Quisimos entonces retirarnos los presentes, pero el R... nos detuvo diciendo:

»—Acercaos y participad de nuestra alegría. Pronto nos

acompañaréis en la lucha, en la muerte quizás: quiero que escuchéis ahora lo que me diga Alfonso.

»El Infante principió su relato; pero ¿cómo reproducir á tanta distancia con todo su relieve aquella narración inflamada, sublime con la sublimidad de las cosas sencillas?

»El combate desesperado y desigual de uno contra veinte; la noble cólera de la guarnición, empeñada en salir por un punto determinado, como columna de hierro y fuego, para penetrar en el corazón del ejército piamontés; los esfuerzos de los jefes á fin de contener aquella indignación que ellos mismos compartían en el fondo; la heróica defensa de la Puerta Pía; la orden de cesar el fuego, que arrancó lágrimas de dolor á los valientes zuavos, electrizados por Don Alfonso durante el combate, y por último, el desarme mil veces más doloroso que la muerte.

»Un oficial italiano pide la espada al Infante. *¡Jamás!* exclama Don Alfonso estrechándola febrilmente, y al mismo tiempo pensaba para sí: *Una hoja de Toledo, una espada de Carlos V no me la arrancarán más que con la vida.*

»El oficial italiano miró con simpatía al joven alférez de zuavos, y le dijo inclinándose:

»—Comprendo ese sentimiento y le autorizo para conservar la espada.

»Llega después la conducción de los prisioneros á través de las calles de Roma, invadidas por la hez, no sólo de Italia, sino de todas las naciones, desatándose en improperios contra los gloriosos defensores del Papa.

»Pero en aquella vía dolorosa también había diseminadas almas compasivas, y á una de ellas debió el Infante señalado servicio.

»Los prisioneros eran conducidos á la estación y amontonados allí en vagones de ganado para transportar al puerto

de Civitavechia á los franceses, é internar en diversas ciudades de Italia á los de otras naciones.

»Ignoraban los vencedores la patria y nombre del Infante, cuya calidad habían callado sus compañeros y que caminaba entre filas, cuando oyó la voz de una señora francesa que en un momento de confusión le dijo rápidamente: *Monseigneur, suivez moi*. Siguióla, en efecto, el Infante, dirigiendo una breve invocación á Dios, y oprimiendo el puño de su hoja toledana, y aquella compasiva desconocida, secundada sin duda por cómplices discretos, y favorecida por el barullo de aquellos momentos, le hizo llegar al grupo de los zuavos franceses, y revuelto con ellos subió inadvertido al buque que los transportaba á Marsella.

»Desembarcado allí, invirtió los últimos escasísimos recursos que llevaba encima, en comprar un miserable traje de paisano, y en tomar un billete para Vevey, acudiendo presuroso á presentarse á Carlos VII, pues después de haber peleado por la causa de Dios, ardía en deseos de defender á su Rey y á su Patria. Soldado de la legitimidad, tan sagrada en el heredero de Felipe V, como en el sucesor de San Pedro, cambiaba de regimiento, por decirlo así, pero no de bandera.»

Pública es la brillantísima parte que Don Alfonso y su augusta Esposa tomaron en la guerra carlista última; y desde entonces hasta la fecha, se han acrecentado, si cabe, las relaciones leales y cariñosas entre los augustos hermanos, hijos únicos de Don Juan de Borbón y de Braganza, y de Doña María Beatriz de Austria-Este.

## EL MARIDO

Lógicamente nos conducen como de la mano los párrafos anteriores, á considerar á Don Carlos, en su hogar doméstico, como buen esposo y excelente amo de casa.

Para convencerse de que es modelo de maridos caballerosos y cristianos, basta pasar algunas horas en aquel majestuoso, artístico, y aun arqueológico santuario de la familia, á orillas del *Canalazzo* de Venecia, donde, aunque los dos augustos esposos doblaron ya la edad de las ilusiones y de los galanteos, tienen su morada y natural asiento el amor cristiano, la ternura y atenciones recíprocas no fingidas, la elegancia, la distinción, la paz de las conciencias, la tranquilidad de los corazones, las prácticas piadosas, el ameno aunque regio trato, las conversaciones tan inofensivas como gratas, los esparcimientos patriarcales é inocentes, el serio trabajo de la política y de los negocios de Estado para el marido, las labores piadosas y caritativas para la mujer, y las costumbres, en suma, del hogar verdaderamente español, noble y católico.

Presidiendo siempre las reuniones de familia, ocupando en su sillón el centro en aquellas escenas domésticas, rodeado de propios y extraños, y servido y atendido por todos con solicitud cariñosa, pero especialmente por su ayudante el bizarro, sencillo y franco general Sacanell y por su ilustradísimo y hábil secretario político el Sr. Conde de Melgar, Don Carlos, más que un Rey rodeado de etiqueta oficial y corte esplendorosa y fría, evoca sin proponérselo

los heroicos Reyes de Homero, ó los Patriarcas de la antigua ley, padres y amos venerandos, mejor que soberanos y príncipes.

Escribir de aquel nido de encantos y no dedicar algunas líneas á el hada oculta que lo vivifica y embellece con su varilla mágica, es imposible.

Princesa es Doña María Berta de Rohan, de tanto valer, y de virtudes tan excepcionales, que sería necesario refrenar la pluma para que instintivamente no trazase sobre el papel frases que pudieran tomarse por adulaciones cortesanas. Es un verdadero prodigio de talento, de discreción, de prudencia, de amabilidad, de hermosura, de modestia, de elegancia, de buen gusto, de piedad sin la menor mogigatería, de abnegación, de laboriosidad, de ilustración selecta, de previsión solítica y cariñosa para cuantos la rodean, y de sumisión amorosa y casi idolátrica para con su marido. Doña Berta es el encanto y providencia á la vez del Palacio Loredeán.

Hemos oído repetir muchas veces á las Infantas: *es muy buena, vale mucho Berta*. Y si esto dicen las hijas de Don Carlos, porque realmente así lo piensan y lo sienten, tratándola tan cariñosamente como si fuera su hermana mayor, ¿qué no podremos decir nosotros de señora tan bondadosa y discreta, que ha sabido conquistarse puesto tan preferente en los corazones de los hijos de la difunta Doña Margarita (q. e. p. d.), y de todos los carlistas?

Habla con corrección suma el castellano, hasta empleando refranes y modismos que no conocen muchos españoles; lee diariamente los periódicos de nuestro país á Don Carlos, y la interesan y conoce los asuntos de España como si fueran propios; escribe muchas cartas en castellano y la regocija sobremanera no incurrir en faltas ortográficas, cosa

que preocupa muy poco ó nada á las señoras españolas, y aun á ciertos escritores que no valdrían para escribientes; trabaja durante las horas de recreo, bordando preciosas casullas para las iglesias; socorre á cuantos necesitados piden su protección, y son innumerables los ricos donativos que ha remitido y remite á los Santos Lugares por conducto del R. P. Michieli, capellán del Palacio y Procurador en Venecia de Tierra Santa. Durante cinco años seguidos asistió á su difunta madre, que falleció en Florencia de una afección cardíaca, sin separarse un momento de su lado. La preocupan las cosas de España y el bienestar de cuantos la rodean, desde el más alto al más bajo; sin afectación *oficial* alguna como á la Reina de Inglaterra, antes bien con propiedad y exactitud indiscutibles, se la podría llamar *graciosa* soberana el día que ocupase un trono, para el cual parece cortada y nacida; y tenemos la seguridad de que sería aclamada por el pueblo español, apenas la viese, como en los mejores tiempos de la monarquía tradicional, á pesar de lo mucho que ha debilitado el sentimiento monárquico en España, ese liberalismo trasnochado y senil que nos arruina y deshonor.

Se explica perfectamente que Don Carlos no se haya separado un segundo de su lado en los cuatro años que llevan de matrimonio, y si son posibles las lunas de miel perpétuas, indudablemente ésta será una de ellas. Nada más opuesto á las empalagosas sensiblerías y galanteos de cadete que el carácter viril y hasta guerrero de Don Carlos y su temperamento perfectamente equilibrado. Pues bien, el que esto escribe ha visto humedecidos los ojos del Sr. Duque de Madrid, aunque sin que llegase á correr una sola lágrima, mientras en el seno de la intimidad hablaba con el entusiasmo y gratitud que por ellas siente de esas dos augus-

tas Señoras, que Dios ha puesto á su lado para su dicha y amorosa tutela; de Doña María Beatriz, su madre, y de Doña María Berta, su mujer.

## EL PADRE

Ciertamente que la guerra civil primero, la política después, y negocios particulares y de la familia, obligaron á Don Carlos á vivir largas temporadas lejos de sus hijos; pero esta circunstancia ha evidenciado más que nada, el entrañable amor que les ha profesado siempre, y sus preocupaciones y desvelos para proporcionarles la educación cristiana y posición social ventajosa á que estaban llamados por su altísimo nacimiento. De su primogénito Don Jaime quiso hacer, y ha hecho, un bizarro militar y un perfecto caballero cristiano, sin escatimar para ello gastos, ayos respetables, profesores reputados, colegios distinguidos y camaradas aristocráticos; y de las Infantas, princesas piadosas, modestas, ilustradas y mujeres de su casa, capaces de hacer felices á los príncipes sus maridos. A cuyo efecto autorizó á Doña Margarita para que dirigiera la primera educación de sus hijos según los dictámenes de su piedad acrisolada y de su cariño y ambiciones maternales. De común acuerdo escogieron para todos ellos, en su día, los colegios más famosos y aristocráticos, y á pesar de que muerta su primera esposa, por haberlo así estipulado expresamente en las capitulaciones matrimoniales, el sobreviviente es usufructuario vitaliciamente de la dote, aunque queden hijos, Don Carlos, sin renunciar á ese derecho por altas razo-

nes, no ha querido tocar para nada el caudal de Doña Margarita y de sus hijos, repartiendo entre éstos las rentas según sus necesidades y comportamiento, independiente-mente de lo que ellos heredaron de su Madre, y ex- cluyendo sólo á la desdichada, que ni aun figura ya en el estado de la Real Familia proscripta. Pudiéramos corro- borar con hechos esto último; pero la discreción natural en asuntos tan delicados, nos impone ciertas reservas y sella nuestros labios. Sólo diremos que ni aun en vida de Doña Margarita (q. e. p. d.), jamás tocó un céntimo, ni de su dote, ni de su fortuna, dejándosele todo á ella generosa- mente.

A testigos presenciales, que se encontraron al lado del Sr. Duque de Madrid, durante la infancia de sus hijos, cuando el Príncipe Don Jaime estaba en el Colegio de Beau- mont (pesando exclusivamente sobre Don Carlos todos los gastos de aquella educación), hemos oído referir como su augusto Padre se desvivía por atenderle, no dejando de ir á Windsor á visitarle, ni uno solo de los días permitidos por los reglamentos, conversar largamente con Don Manuel Barrera, mientras fué preceptor del Príncipe, y después con todos los Padres jesuítas que intervenían en su educación, como el Rector del Colegio, el P. Hayes y el P. Waughan, y citamos estos dos, porque viven todavía y pueden atesti- guar la sinceridad de aquella solicitud paternal. En los pe- ríodos de vacaciones conducíale á puntos de saludable re- creo, como Fracombe y Brighton, ó á residencias señoriales como el castillo de Lord Ashburaham, en Batcle, y á todos decía: «Quiero que Jaime sea todo un hombre, digno de España y del apellido que lleva.»

Anteriormente, durante la guerra, siempre pensaba en Don Jaime, dió su nombre á varios cuerpos (y á otros el

de las Infantas), le concedió nombramientos, que le ataran más y más á la Causa y le estimulasen con los recuerdos indelebles de las primeras impresiones en la vida, á servir-la con cariño creciente cuando fuese mayor, y hemos oído contar, con lágrimas en los ojos, á muchos veteranos del Ejército del Norte, la emoción y el orgullo con que lo enseñaba á sus fieles voluntarios, cuando le hizo venir á España, como si les dijese: «aquí tenéis una esperanza; si me matan os dejo á éste, que recogerá la corona teñida en mi sangre.»

¡Qué angustias pasó después cuando su grave enfermedad de Munich, y qué agradecido quedó á los carlistas que tanto rezaron por su querido Jaime!

A otros españoles que visitaron á la Familia Real proscrita, en París, Viareggio y Venecia, les hemos oído relatar el cariño con que hablaba de las Infantas y el regocijo con que daba grandes paseos á pie con ellas, complaciéndose en sus infantiles conversaciones. Nosotros mismos presenciámos hace poco más de un año la cariñosa y paternal solicitud con que trataba á las Infantas Doña Beatriz y Doña Alicia, y el extremado y respetuoso cariño, á la vez, con que correspondían éstas á las paternales atenciones.

Se ha desvivido igualmente y se desvive por casar á todos ellos, no solamente sin contrariar sus naturales y legítimas inclinaciones, sino también con la brillantez y ventajas debidas á su egregia cuna, sangre real y posición altísima. Las negociaciones para el casamiento de Doña Blanca con el archiduque Leopoldo Salvador, general del ejército austriaco, tuvieron que tramitarse con tanta habilidad como reserva, para impedir que testas coronadas diesen al traste con este acertado matrimonio. Los casamientos de Doña Beatriz y Doña Alicia con los egregios Príncipes de Roviano y Schoen-

burg, efectuáronse también en circunstancias dolorosas y difíciles para la Real Familia proscripta, y no sería difícil presentarlos á la pública consideración como verdaderos triunfos domésticos. La admisión de S. A. R. el Príncipe Don Jaime en el ejército ruso, debida es, igualmente, á la paternal actividad de Don Carlos y al entrañable amor que profesa al heredero de sus glorias, fortuna y derechos.

## EL CRISTIANO

La linterna de Diógenes se necesita para encontrar un Príncipe verdaderamente cristiano, en los desventurados tiempos que corremos; y sin embargo, Don Carlos lo es de veras, y podemos aplicarle tan honroso calificativo en toda la extensión de la palabra.

«En el verano de 1857 (tenía entonces 9 años nada más) llegó Pío IX á Bolonia, en donde fué recibido con entusiasmo (dice Don Carlos en su *Diario*). Mi tío (Francisco V, duque soberano de Módena) fué á visitarle, y me acuerdo que le acompañamos nosotros; que estuvo amabilísimo, y comimos todos los días á su mesa, lo que no acostumbraba á hacer ni con los Soberanos; nos dió, en fin, las mayores muestras de cariño; á mí me hizo servir un helado en forma de yelmo y espada, porque decía que le parecía que yo tenía instintos militares, y á Alfonso le dió una medallita como el más devoto. *Yo, aunque niño, veía en aquel anciano venerable al Vicario de Jesucristo en la tierra, le miraba con respeto, y comprendía que me honraba besándole el pie.*

»El 16 de Junio, Su Santidad nos administró á Alfonso

y á mí el Sacramento de la Confirmación en una capilla de *San Michele in Bosco*, imponiéndonos el nombre de Pío. Tres días nos detuvimos en Bolonia con el Sumo Pontífice, al cabo de los cuales le pidió el tío que honrara sus Estados con alguna visita, á lo cual accedió Su Santidad.

. . . . .  
 »La víspera de Navidad, en 1858, hice mi primera Comunión, disponiéndome á ella con tres días de ejercicios espirituales. *Aun recuerdo con placer el gozo inefable que probé en aquella ocasión.*»

Desde entonces hasta la fecha, en todos sus escritos y en cuantos documentos ha firmado, brilla su religiosidad como luz meridiana, no solamente por ser el primero y más importante lema de la Bandera carlista, sino porque *ex abundantia cordis loquitur os*, de la abundancia del corazón habla la lengua. Un libro no pequeño compondrían los pensamientos religiosos y declaraciones católicas del Sr. Duque de Madrid, extractados de cuantos documentos, privados y públicos, se honran llevando al pie su augusta firma; pero no debemos ni queremos omitir ciertos textos importantes desde este punto de vista.

«España no quiere que se ultraje ni ofenda la Fe de sus padres; y, poseyendo en el Catolicismo la verdad, comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la Iglesia debe ser libre.

»Sabiendo y no olvidando que el siglo XIX no es el XVI, España está resuelta á conservar á todo trance la Unidad Católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de unión entre todos los españoles.

»Cosas funestas, en medio de tempestades revolucionarias, han pasado en España; pero sobre esas cosas que pa-

saron hay Concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.

»Tú, hermano mío, que tienes la dicha envidiable de servir bajo las banderas del inmortal Pontífice, pide á ese *nuestro Rey espiritual* para España y para mí su bendición apostólica.» (Carta-manifiesto al Sr. D. Alfonso de Borbón y de Austria-Este: 30 de Junio de 1869.)

Con los dos solemnes motivos que de ellas se desprenden, escribió cartas que únicamente puede dictar y firmar un Príncipe verdaderamente católico. Decía al Sr. Conde de Maillé:

«Hijo primogénito de la Iglesia, como sucesor de Clodoveo y de San Luís, de Luís XIV y de Enrique V, doy gracias filiales al Vicario de Jesucristo por el homenaje que tributa al glorioso pasado del pueblo francés. Hace pocos años, mi amada España, á la que he consagrado mi existencia entera, festejaba llena de júbilo otra solemnidad religiosa y nacional análoga á la presente, conmemorando el mismo centenario de su entrada en el seno de la Iglesia por la conversión de Recaredo. En aquellas fiestas me representó noblemente vuestro digno amigo el Marqués de Cerralbo. Ahora, mi querido Maillé, os encargo que á vuestra vez me representéis en Francia, asociándoos, en nombre mío, á las grandes ceremonias del Jubileo nacional por el bautismo de Clodoveo.»

Pero donde elocuentemente, entre otros mil, resalta su piedad conmovedora, es en los siguientes párrafos:

«Al invadir la Revolución á España y Francia, derribó los tronos legítimos para minar con mayor facilidad la fe católica. Eterno honor será para mi familia, haber derramado su sangre y haber sido la víctima primera en todas las fases de la lucha de la Revolución contra el Derecho nacio-

nal y contra la Iglesia. Hijo y heredero de los Príncipes que presidieron los gloriosos fastos de la historia de ambos pueblos, lo mismo que sus justas reivindicaciones nacionales, afirmo, como mis padres, el amor y la abnegación que me inspiran, y ofrezco mis homenajes de gracias y mis adoraciones á Dios, que tan grandes los hizo y que puede, en su misericordia, salvarlos.—De Dios sólo provienen los derechos que reivindico, y á Él apelo de las desventuras y de los peligros que amenazan á estas naciones generosas.—Convencido de los fuertes lazos que me unen á Francia y á España, y resuelto á intentar cuanto sea preciso para cumplir con mi deber, *pido á Dios piedad y misericordia, y repito con todos los que rezan y esperan: ¡Corazón de Jesús, salvad á España y á Francia!*—CARLOS.—Palacio Loredán á 11 de Junio de 1889.»

Y en carta á *Mr. du Bourg* añadía: «Deseo tomar parte en los homenajes públicos tributados al Sagrado Corazón por los católicos de Francia, de la misma manera que en España he conmemorado el XIII centenario de la conversión del Rey Recaredo. En todos los momentos de la existencia de estas grandes y gloriosas naciones, manifiéstase visible la protección de Dios, y sólo volviéndonos á Él encontraremos la base indispensable para reconstituir su desorganizado y desmoralizado estado social. La Religión de nuestros padres nos devolverá lo que á ellos había dado desde un principio: el espíritu del deber, el desinterés, la rectitud y la abnegación patriótica.

»En otra ocasión recibió usted de mi tío el Conde de Chambord encargo de llevar á Paray-le-Monial la expresión de su piedad y de su fe. Heredero de sus derechos á la par que de sus sentimientos, deseo que hoy sea usted también mi mandatario en el lugar mismo en que Nuestro Señor di-

rigió su llamamiento al Rey de Francia y á todos los fieles católicos. Envío á usted el documento incluso, para que lo deposite en el Santuario como testimonio de los homenajes, de las oraciones y de la confianza de los nietos de Luís XIV en la misericordia y en la protección del Dios de Clodoveo y de Recaredo, de Pelayo y de Carlomagno, de Juana de Arco y de Isabel la Católica, de San Fernando y de San Luís, para desempeñar en el mundo la misión que les incumbe.»

Y escribiendo á los Sres. Vilageliú, Mora y Vila, les dijo: «Os envío una fotografía del glorioso estandarte de la Generalísima (la Virgen de los Dolores), símbolo de la Patria y de la Monarquía que, por la gracia de Dios, yo personifico y represento. Sean cuales fueren las circunstancias que la Providencia nos depare, mantendré en mis manos inmaculada y enhiesta, hasta el último suspiro de mi vida, esa enseña que tuve al lado mío en todos los combates, y que mi venerado abuelo Carlos V llevaba también consigo en la guerra en que le acompañaron vuestros padres y alguno de vosotros.»

Si de los dichos pasamos á los hechos, cien veces más elocuentes que todas las declaraciones más calurosas, le vemos adhiriéndose pública y solemnemente al Concilio ecuménico del Vaticano y acatando, antes de ser promulgadas, sus decisiones; le vemos regalando un pectoral de brillantes á S. S. el Papa León XIII, por medio de su primogénito el Príncipe Don Jaime, asociándose al regocijo con que el orbe católico festejaba el Jubileo sacerdotal del Pontífice, venerando sus virtudes, ofreciéndole la *incondicional adhesión de toda su vida á la cátedra infalible de San Pedro*, é implorando la Bendición Apostólica para Él, para su familia y para la católica España, que tan de corazón se

une á todas las alegrías de la Iglesia; le vemos visitar con fervor piadoso y en peregrinación de familia los Santos Lugares, dejando en todos ellos, ó remitiendo después desde Venecia, pruebas inequívocas de su munificencia, superior á su modesta fortuna, y de la laboriosa devoción de su augusta esposa Doña María Berta de Rohan, descendiente de cruzados célebres y del primer Rey de Jerusalén; y le vemos, por último, adherirse sin reserva al Congreso anti-masónico de Trento, y confirmar valientemente con su presencia esta adhesión valiosa. Puntos son estos dos últimos que merecen algunos detalles.

Antes de partir para Tierra Santa, escribió á su ilustre Delegado el Sr. Marqués de Cerralbo: «Muy grandes son mis deseos de postrarme en la Tierra Santa de Palestina. Voy allá como peregrino, con fe de español y humildad de cristiano. Allí admiraré también los vestigios de nuestra pasada grandeza, y podré rendir tributo á la memoria de los Reyes mis antepasados, que cuando tremolaban mi Bandera hicieron de España la Patrona nata de los Santos Lugares. Al pedir sobre el Santo Sepulcro las bendiciones de Dios para mi Patria amadísima, me acordaré especialmente de los hijos que hoy más la honran, y en quienes puede cifrar más fundadas esperanzas.»

Y con fecha 2 de Marzo de 1895, le volvió á escribir otra carta, en la que se leen los siguientes párrafos, dignos de la pluma y sentimientos del gran Felipe II.

«Hincado de rodillas en la cima sagrada del Gólgota, y seguro de ser el intérprete fiel de vuestros pensamientos y propósitos, he renovado el juramento de que nos sacrificaremos todos sin descanso y seguiremos luchando sin tregua por el triunfo de Cristo en el mundo, por la Unidad católica y la restauración tradicional en España, y por

el advenimiento de nuestra antigua y paternal Monarquía.

»Y así como he presentado vuestros votos y vuestra profesión de fe, quisiera poder infundir en vuestras almas la fortaleza especial que visitando aquel recinto augusto se recibe. Cuando en el Santo Sepulcro se ve á los sacerdotes católicos obligados á alternar en el culto con los cismáticos de tantas sectas y á cederles sus propios altares, todo bajo la humillante protección del Turco, compréndense mejor injusticias menos escandalosas, como la usurpación en el Trono, los fueros violados, Gibraltar en poder del extranjero. Compréndelas mejor el espíritu, pero el ánimo se resiste con más vigor que nunca á transigir con ellas. Lejos de resignarse, encienden en el pecho la santa indignación de la justicia, se aviva la sed de la reparación, y se ve con evidencia deslumbradora el sagrado deber de luchar, como nuevos cruzados, por los derechos de la Religión, del Trono y de la Patria.»

El Sr. Conde de Melgar, secretario político del señor Duque de Madrid, se sirvió de estas palabras para comunicarnos los propósitos de Don Carlos al asistir personalmente, con su augusta Esposa y la Infanta Doña Alicia, al memorable Congreso antimasónico de Trento:

«Proponíase nuestro augusto Señor con su presencia en esta Asamblea, á la cual habíase ya adherido solemnemente, hacer público y personal acto de fe católica y reiterar la enérgica protesta de toda su vida contra la francmasonería, institución enemiga siempre de la Religión verdadera y de los Tronos legítimos, hoy singularmente odiosa para toda alma española, por su crimen de lesopatriotismo, encendiendo en América y Asia las guerras separatistas, donde corre á torrentes tanta sangre nobilísima de hermanos nuestros.»

De labios del comendador D. Pedro Pacelli, Vicepresidente del Comité Central, fervoroso y concienzudo escritor católico y director de la *Revista Antimassónica* y de *La Vera Roma*, hemos oído en la Ciudad eterna, de qué brillante manera obtuvo Don Carlos en Trento, el logro completo de sus propósitos.

Cuando el Sr. Pacelli dió cuenta de la incondicional adhesión del Sr. Duque de Madrid á los acuerdos del Congreso, la Asamblea prorrumpió en calurosos aplausos, como comprendiendo la importancia de adhesión tan valiosa y recompensando á la vez merecidamente al único Príncipe que ha tenido el valor de afrontar en público las iras de la masonería.

Los Sres. Duques de Madrid y la Infanta Doña Alicia que asistieron al solemne *Te-Deum*, con que dieron fin las sesiones y trabajos del Congreso, fueron recibidos en la puerta de la Catedral por una Comisión del Cabildo, que salió á ofrecerles agua bendita, y conducidos á los tres reclinitorios que se habían colocado al efecto junto al presbiterio. El Cardenal Haller y demás Prelados asistentes saludáronles con inclinaciones de cabeza al entrar y salir. Numerosas fueron las visitas y plácemes de importantes personajes católicos y Prelados que recibieron en Trento los augustos Esposos y la Infanta; y terminada la función de clausura, desde la puerta de la Catedral, en la plaza Mayor y demás calles del tránsito fueron calurosamente aclamados por el pueblo, que no dejaba arrancar el carruaje entre vivas y aplausos atronadores. Algunos congresistas españoles, no carlistas, apresuráronse también á felicitar y ofrecer sus respetos á los augustos desterrados por tan elocuente prueba de su acendrada fe católica y sumisión á la Iglesia, siendo mucho de notar el aplauso unánimemente

tributado por la Asamblea á nuestro insigne tribuno D. Juan Vázquez de Mella por su enérgica protesta contra la masonería en el Congreso de los Diputados de Madrid.

Indubitable y elocuentísimo como es todo esto, se nos ocurre preguntar: ¿existe algún otro Príncipe católico en el mundo que haya hecho tanto ni cosa parecida en defensa de la Iglesia y en protestación de sus salvadoras doctrinas? ¡Y aun hay en España necios ó cándidos que se han dejado seducir por sirenas maleantes contra el augusto Proscrito, so capa de religiosa intransigencia é integridad de principios!

Estos sentimientos de fe robusta y piedad sincera que resplandecen en todos los documentos y escritos, lo mismo que en los actos, por decirlo así *oficiales* y públicos, de Don Carlos, los observa también el más miope en la intimidad de su vida doméstica y en sus costumbres. Eminentemente liberal é hipócrita es esa distinción corriente y por muchos admitida entre la vida privada y la vida pública; y no obstante, es imposible que sea buen ciudadano y buen patriota un mal hombre, mal padre, mal marido, etc., é imposible también que administre honradamente los caudales públicos quien no ha sabido ó querido administrar como Dios manda su fortuna privada. Quédese para los mercachifles de la política eso de alardear de lo que menos tienen, presentándose á los incautos públicamente, en sus peroratas y escritos, como calurosos demócratas, defensores heroicos de las libertades populares, desinteresados, integérrimos y hasta piadosos, cuando todos cuantos tienen la desgracia de depender de ellos, de tratarles íntimamente y de servirles, saben que son en su vida y costumbres privadas insufribles y ridículos aristócratas, tiranuelos de perversa índole, avaros, prevaricadores, é impíos sistemáticos y crueles.

Don Carlos, por el contrario, piensa lo que dice, y dice lo que piensa; tan compenetradas están sus vidas privada y pública, que componen una sola, encontrando los que tenemos el honor de conocerle á fondo sus escritos en perfecta consonancia con su sentir y querer, y tan característico y privativo su estilo, que adivinamos inmediatamente qué documentos son suyos y en cuáles se ha limitado á estampar su firma; ni en público ni en privado alardea jamás de mogigato, devoto, ni hombre espiritual aspirante á la perfección cristiana; pero tampoco oculta su fe ciega, su confianza absoluta en la gracia de estado y en la Providencia, que inspira á los Reyes y castiga ó premia á las naciones en este bajo mundo, puesto que para ellas no existe otro, su sumisión obsequiosa á todos los preceptos evangélicos, y su piedad franca y sin remilgos. Como obligación imprescindible oye misa todos los días de precepto y algunos que no lo son en ciertas solemnidades no eclesiásticas y aniversarios para rogar á Dios por los difuntos de su Causa, parientes y amigos; confiésase y comulga por Pascua y en otras festividades solemnes; cumple con los mandamientos eclesiásticos de la vigilia y el ayuno, aunque tenga en su mesa convidados ilustres y de otras religiones; se santigua con naturalidad grande al comenzar y concluir las comidas; no murmura nunca de nadie y menos del clero, alto ó bajo, hablando siempre del Papa y de los Obispos con el mayor respeto; y usa, por último, en todas las materias relacionadas con la fe y las costumbres lenguaje verdaderamente cristiano, humilde, sin mistificar sus actos ni aminorar sus faltas, y hasta pidiendo á Dios perdón de sus culpas encarecidamente, lo mismo en las conversaciones íntimas, cuando de estos particulares se trata, que en documentos solemnes que edifican y enternecen á cuantos los han visto y leído.

Para concluir este importante extremo, con la mano puesta sobre el corazón y *tuta conscientia*, afirmamos que Don Carlos es un Príncipe verdaderamente católico, apostólico, romano, de los que no solamente creen sino que además practican, del cual, precisamente por esto tal vez, no sean dignas ciertas naciones que se dicen católicas y que oficialmente al menos han apostatado de Jesucristo.

## EL ESPAÑOL

Como nadie puede elegir el sitio de su nacimiento, Don Carlos nació en Laybach, Austria, cuando sus augustos Progenitores, empujados por el irresistible huracán revolucionario de 1848, peregrinaban por Europa; pero su padre Don Juan, más feliz en esto que él, nació en Aranjuez, se crió en la Corte española, y españoles son los hijos de españoles que, por accidentes fortuitos ó necesarios nacen fuera de España. Mucho más cuando este nacimiento tuvo lugar en el extranjero, por fuerza mayor, merced á haber sido violada la ley de sucesión hecha en Cortes por Felipe V, y existiendo las protestas escritas y armadas de la rama primogénita proscripta, y de miles de leales españoles, contra aquel extrañamiento. De manera que, aun prescindiendo del lazo indisoluble de unión que existe entre la familia de Don Carlos y España, el señor Duque de Madrid es español de nacimiento, y español de vocación por los cuatro costados. Encanta el fogoso entusiasmo que manifiesta desde muy niño por su amadísima Patria. «En 1860 tuve otro disgusto no menos grande,

dice en su *Diario*: se marchó mi querido P. Cabrera. Mi aflicción fué inmensa; me separaba de él tal vez para siempre. Yo quería al P. Cabrera, le tenía un amor entrañable; me enseñaba la Historia de España y me la hacía escribir; ilustraba mi historia con las armas de todas las provincias y con planos de batalla. Sabía dar un deleite especial á todo lo que me enseñaba. Me quedé, pues, solo con Castañer, único español...

»Mi único consuelo en tan duro trance, era acudir á los antiguos héroes españoles; ellos eran mis amigos, mis compañeros; escribía sus vidas, me entusiasmaba con sus hazañas, vivía más bien en la antigua España que en la helada Bohemia, y esto me sostenía; si no, de pesar me hubiera muerto... Tan presente tengo esta época, tan presente á Don Jaime el Conquistador, que fué uno de mis buenos amigos, y sobre el cual escribí, que por el recuerdo de Praga, me decidí á llamar Jaime á mi hijo primogénito.»

»Poco antes de lo de San Carlos de la Rápita, ví á Carlos VI en Praga. Después de su muerte, mi imaginación me lo representaba, y me parecía oírle decir: Sigue mi obra, sigue la de mi padre, la de la antigua España; no desmayes, sigue adelante y salvarás á España.

»En Praga tuve muy buenos maestros, pero la política me absorbía los sesos; no quería estudiar; sólo las cosas de España me interesaban...

»Los ocho días que pasé en Trieste en compañía de nuestra abuela, la valiente, la decidida R... Doña María Teresa, fueron deliciosos. En Trieste me encontré rodeado de españoles, allí gocé. En casa de mi abuela todos son españoles, se come á la española, las camas son españolas, todo es español. En las Memorias que escribí en Junio de 1864 cuento rasgos admirables de muchos de los que rodea-

ban á mi abuela, cosas heroicas, cosas que sólo se ven en España y en el partido tradicionalista.

»Mi abuela sentía como yo...»

Esta su pasión juvenil por España, que creció entonces tanto más cuanto mayores eran los obstáculos que oponíanse á su desarrollo, llegó á su apogeo durante la guerra última, mientras Don Carlos tuvo la dicha de pisar suelo español, y absorbe en la actualidad todas sus potencias y sentidos. Indudablemente es pasión reflexiva que le honra y enaltece, como enaltece y honra á todo buen hijo el amor á su madre; pero de tal manera ha encarnado en su constitutivo moral, que el españolismo es tan instintivo y enérgico en Don Carlos como en cualquiera de los que hemos nacido, vivimos constantemente y esperamos morir en esta bendita tierra, y hasta si se quiere más, por aquello de que la privación fomenta el apetito. En suma, su españolismo es tan grande, que en su casa, como en la de su augusta Abuela, se habla siempre castellano; tan vivo era su deseo de no emplear otra lengua al casarse con Doña María Berta, que esta augusta Señora, para darle tal prueba de cariño, lo aprendió en tres meses; los criados todos, incluso el cocinero, que suele ser francés en las casas todas de los grandes, son españoles; no lo son los gondoleros porque el gremio de éstos, instituído desde inmemorial en Venecia prohíbe el ejercicio de esta profesión típica, que para la seguridad pública exige patente, no solamente á los extranjeros, sino también á los italianos no venecianos, pero usan boina y llevan un escudo al brazo con las armas de España; se reza, se come, se ayuna, se fuma, se juega y se viste á la española; los criados lucen la librea de los Borbones españoles; se vive, en una palabra, como en España; no se piensa, ni se habla más que de España; y se trabaja conti-

nuamente por España y para España. El Palacio Loredán es un característico y preciado terruño español, arrancado con el corazón á la madre patria, y enclavado á orillas del canal Grande en las risueñas lagunas venecianas.

Don Carlos es *el primero de los españoles*, como le titulan muchos, y él lo oye con verdadero orgullo; pero no por eso olvida los deberes que le imponen su bandera y su nacimiento. Como nuestro lema dice, es ante todo ciudadano de la Iglesia universal, es decir, *católico*; luego hijo predilecto de la madre patria, *español*; y, por último, padre y jefe de la gran familia *carlista*, subordinando tan perfectamente estos tres altos principios y deberes, que nunca resultan antitéticos, antes bien se compenetran y funden en uno solo; pero si circunstancias extraordinarias los hiciesen incompatibles *hic et nunc*, en determinado lugar y tiempo, estamos seguros de que, ni aun por amor á España, que es el más encendido de sus amores, faltaría jamás á sus deberes de Príncipe cristiano, y de hijo sumiso y obediente de la Iglesia, como diariamente le vemos anteponer, por puro y acendrado patriotismo, el interés de España al personal suyo, al de su dinastía y al de su partido.

Por natural y lógica evolución, el españolismo de Don Carlos se ha ido transformando en patriotismo ferviente, é inspirándose en la magnífica *Carta á los españoles*, de su abuela Doña María Teresa, que contiene elocuentísimos párrafos acerca del asunto, la idea madre que bulle en la cabeza de Don Carlos, es *la de salvar á España ó perecer con ella en la demanda*, y este levantado propósito ha informado é informa todos sus actos y dicta frases conmovedoras á su pluma, como las siguientes tomadas al azar: «Deseo que ese derecho mío sea confirmado por el amor de mi pueblo. Mi obligación, por lo demás, es consagrar á este pueblo

todos mis pensamientos y todas mis fuerzas: *morir por él ó salvarle...* Nacido y criado en el amor á España, salvarla fué mi primer pensamiento, y ya no ha sido otro el pensamiento de toda mi vida... No hay dolor en España que no me llegue al corazón, lo mismo que si fuera un dolor personal... El mayor título de gloria para todos nosotros, es el de llamarnos españoles... Triste y desconsoladora amargura apenas toda mi vida, al verme privado de aunar mi esfuerzo propio á la grandeza de esa España que es el ídolo de mi corazón y el ideal de mi pensamiento; y no inspira el interés estas palabras, pues diera mis más caras aspiraciones por la ventura de la Patria... Sólo mi cuerpo vive expatriado, pero mi alma y mi corazón no han salido de España desde que abandoné su suelo bendito... A nadie cedo en amor á España, y quiero y quise siempre que no hubiese entre sus hijos preferencias; para todos debe ser madre igualmente solícita. Lo he demostrado desde los primeros años de mi vida, y he tenido la satisfacción de que lo reconozcan así españoles que han servido con gloria á la Patria en Ultramar, á pesar de haberme combatido antes con encano en la Península...» Pero ¿para qué copiar más? El patriotismo de Don Carlos ha brillado y brilla con luz meridiana en cuanto ha dicho y hecho sobre nuestras Antillas, las cuestiones de las Carolinas y Melilla, y las guerras de África, Filipinas y Cuba.

Tres documentos, que valen por mil, referentes á nuestras desdichas ultramarinas y cuestiones internacionales, queremos citar, no obstante, en corroboración del patriotismo intachable de Don Carlos.

Es el primero, aquella famosa Carta á su primo Don Alfonso, escrita en plena guerra civil, fechada en Durango el día 9 de Noviembre de 1875, que tan desdeñosa como

antipatriótica acogida obtuvo del gobierno de Madrid, y en la que, entre otras valientes afirmaciones que no son de este lugar, decía el Sr. Duque de Madrid:

«Pero se trata de la integridad de la Patria, y todos sus hijos deben defenderla: que cuando la Patria peligra, desaparecen los partidos; sólo quedan españoles.

»Si la guerra llega á estallar, te ofrezco una tregua por el tiempo que dure la lucha contra los Estados Unidos..... Más allá de los mares carezco de territorio que dominen mis armas, y no puedo mandar á Cuba mis leales voluntarios; pero defenderé estas provincias y el litoral cantábrico; armaré en corso á los indómitos hijos de estas costas, donde nacieron El Cano, Legazpi y Churruca; perseguiré el comercio marítimo de nuestros enemigos, buscándolos quizás hasta en sus mismos puertos.

»En el caso de guerra extranjera, ¿aceptas la tregua que te ofrezco? Nombremos entonces representantes que la regularicen. ¿La desechas? Será testigo el mundo de que la España católica ha cumplido hidalgamente su deber.

»¿Prefieres demandarla al enemigo que te amenaza? Humíllate en buen hora: quizás alcances respiro momentáneo; pero *en breve te suscitará buscados conflictos*, y se perderá Cuba para la Patria, quedándote la deshonra de haberte humillado, y la vergüenza de haberte humillado inútilmente.

»Tu primo, CARLOS.»

Palabras proféticas las subrayadas que se han cumplido y se están cumpliendo al pie de la letra, puesto que metidos estamos en otro pavoroso conflicto con los Estados Unidos, más grave aun que el de 1875, y con motivo del cual Don Carlos acaba de dar esta otra elocuentísima prueba de patriotismo.

*El New-York Journal*, periódico que tira al día un millón de números, pidió telegráficamente (Marzo de 1898) á Don Carlos su opinión sobre los asuntos de España y los Estados Unidos, pregunta que obtuvo la siguiente hermosa contestación:

«El ardiente patriotismo de que es verdadera personificación mi Augusto Señor, impídele formular ante el público americano el juicio que Vd. pide. Aunque fundado en la usurpación y la arbitrariedad, el Gobierno de Madrid habla en nombre de España, y el primero de los españoles se recoge delante del extranjero en un silencio patriótico, esperando que la nación en que alientan el heroísmo y la virilidad de los primeros civilizadores de América, y el valeroso ejército al que se arrebató Weyler, sólo porque era soldado y patriota, acaben por comprender todo lo que de ambos exigen el honor del uniforme y la gloria de la Bandera. —MELGAR, secretario político del Duque de Madrid.»

A las usuales bajezas de los adoradores del dios éxito, plácenos oponer la rotunda negativa de Don Carlos á felicitar al triunfante emperador Guillermo y á asistir á su coronación en Versalles, á pesar de la opinión contraria de sus consejeros y de que por este camino le empujaba su interés político del momento; y á las vergonzosas debilidades y humillaciones de nuestros actuales gobernantes, la dignidad valerosa que supo imprimir al incidente diplomático, á que dió origen el fusilamiento del capitán de artillería prusiana Schmidt en los campos de Abarzuza.

Conocido aquel acto de justicia, hiciéronse llegar al campo carlista estas tres preguntas:

1.<sup>a</sup> ¿Es cierto que las tropas carlistas han fusilado al capitán Schmidt?

2.<sup>a</sup> ¿Sabían, al fusilarle, que era capitán prusiano?

3.<sup>a</sup> ¿Qué explicaciones dan del hecho, caso de que sea cierto?

He aquí las respuestas:

A la primera pregunta: Sí, es cierto, lo fusilaron por sentencia del Consejo de guerra, como espía, cogido en flagrante delito, y que deshonoraba, por lo tanto, el uniforme.

A la segunda: Perfectamente se sabía que era oficial alemán, pues lo acreditaban en regla sus papeles, que guardamos intactos, con todos sus efectos personales, á disposición de los interesados que los reclamen.

A la tercera: No acostumbramos á dar al extranjero explicaciones de nuestros asuntos interiores: si alguien las desea, que venga á buscarlas.

Al recibir esta respuesta, Alemania envió el *Nautilus* y el *Albatros* á cañonear los puertecitos de pescadores del Cantábrico, puestos bajo la protección de la Bandera carlista. Nuestras baterías de la costa los rechazaron á cañonazos, y el capitán Schmidt no resucitó.

A esto se redujeron la gran venganza y el gran castigo.

¡Ah! Si á los Estados Unidos se les hubiera contestado desde el principio en términos parecidos, probablemente nos hubiésemos ahorrado la guerra.

Por último, su acendrado españolismo le inspiró la idea, ya que no le era posible casarse en territorio español, de que bendijera su segundo matrimonio el Primado de las Españas, á cuyo efecto y por conducto del egregio señor Marqués de Cerralbo, se participaron las proyectadas bodas al difunto Cardenal Monescillo, manifestándole la gran satisfacción y consuelo que recibirían los augustos contrayentes si el insigne Purpurado pudiera bendecir su unión, á cuya indicación contestó así de su puño y letra el señor Monescillo.

«A S..... Don Carlos de Borbón.

»Señor:

»Tres meses de cama, desde donde escribo, me impiden  
»aceptar la honra con que V..... y su Augusta Prometida  
»me favorecen.

»Tal recuerdo queda grabado en mi corazón, pidiendo  
»al Señor bendiga y prospere el bien meditado enlace pró-  
»ximo á realizarse.

»De V..... y muy agradecido á las distinciones con que  
»me honra la Augusta Señora que ha de hacer la dicha  
»de V.....

»† El Cardenal Monescillo.

»15 de Abril de 1894, en Toledo.»

Todo comentario sería menos elocuente que el hecho  
en sí y el preinserto autógrafo.

## EL SOLDADO

No hay más que fijarse en su aire militar, cortés y caballeresco, hábitos de mando, y puntualidad ordenancista para comprender que está uno delante de uno de esos soldados que jamás han sacado la espada sin razón, ni la han envainado sin honor.

Su educación no fué exclusivamente militar, aunque siempre tuvo maestros militares, entre los que citaremos el coronel Flores Villamil, en su niñez, y más adelante el capitán Risch, en Praga; el general Don Luís García Puente y otros; y sin embargo, desde su infancia tuvo aficiones

y entusiasmo por el ejército y los campamentos. «La vida militar (dice en su *Diario*, escrito casi en su infancia y publicado sin su permiso por un abuso perdonable en cierto historiador liberal), aquella franqueza, aquella nobleza del soldado, hacían todo mi encanto. De ahí puede figurarse el gozo, la alegría con que recibiría el día en que cumplí los siete años el siguiente nombramiento que me dió mi tío, con un uniforme completo de artillería. Dice así:

«Habiendo visto á nuestro amadísimo sobrino el Infante de España Don Carlos de Borbón, el día 19 de Marzo, disparar el cañón haciendo salvas á su tía la Duquesa de Módena, nuestra amadísima esposa, y como cumple los siete años y entra ya en la edad de la razón, nombramos á nuestro amadísimo sobrino el Infante de España Don Carlos de Borbón, sargento cadete de nuestra artillería.

Le prometemos, además, que cuando sepa hablar y escribir correctamente el castellano le nombraremos oficial. Dado en Módena á 30 de Marzo de 1855.—FRANCISCO.»

El último soberano de Módena, Francisco V, cumplió más adelante su promesa, estalló la guerra de Italia y añade Don Carlos:

«Yo rabiaba por tomar parte en la guerra; escribí á mi tío, á todo el mundo, pero me contestaban que era demasiado niño: yo contestaba entonces que nunca es uno demasiado niño para defender una causa justa, para distinguirse y adquirir gloria; que por qué me había nombrado mi tío teniente si no quería que fuese á ocupar mi puesto, que como oficial tenía derecho y deber de ir allá. Pero no me hacían caso, y yo rabiaba. Concluída la guerra me nombró mi tío capitán, sin duda en premio de mis buenos deseos. *Me han quitado la ocasión de merecerlo*, decía yo llorando.»

Cuando la guerra de Italia y Prusia contra Austria, Don Carlos quiso ir, y ofreció llevarle de ayudante su tío el Duque de Módena, y «desde este día, dice aquél en su *Diario*, Alfonso y yo no dormíamos en nuestras camas; dormíamos en el suelo para acostumbrarnos á la vida de campaña, y éramos felices;» pero no quiso el Emperador aceptar la cooperación de ningún Príncipe extranjero, y Don Carlos tuvo un verdadero disgusto por el inesperado fracaso de sus proyectos guerreros.

La Providencia deparó al fin á Don Carlos un teatro militar digno del valor del soldado, y de las intuiciones del general, las provincias vasco-navarras, durante la guerra última, epopeya digna de ser cantada por un Homero español y que pasará á la Historia grabada en mármoles y bronces. Durante toda ella, los acontecimientos, más bien que los hombres, hicieron resaltar las condiciones militares del joven y valeroso General que al frente de su ejército del Norte libró, entre otras muchas, las batallas de Allo, Dicastillo, Montejurra, Somorrostro, Lácar y Mendizorrotz, y dirigió los sitios de Bilbao, Guetaria é Irún, y las tomas de Estella, de Ibero, de las Campanas, de Viana, de Portugalete, de las Arenas y del Desierto, contando en su activo militar unos doscientos días de fuego; y cuya pericia y valor heroico, consignados fueron para perpetua memoria en un pergamino que, encerrado en alegórico marco de bronce, puede leerse en el salón de banderas del Palacio Loredán, y en el que se hace constar el ruego, que en nombre de todo el Ejército le elevó el General Duque de Elío, para que desde aquel día (5 de Febrero de 1875) usase la Gran Cruz de San Fernando, no solamente por derecho propio, sino por haberla ganado conforme á reglamento en la batalla de Lácar.

Público y notorio es además su entusiasta amor al Ejército, lo mismo á sus voluntarios heroicos, que á todo Ejército español, del que no se cansa nunca, en público y en privado, de hacer merecidos elogios. «Bien sabes tú (dijo en carta reciente al General Sanz), pues todos vosotros lo habéis oído de mis labios durante la guerra, mi admiración por nuestro incomparable Ejército, mis ardientes aspiraciones de realzarle como se merece, y la fe ciega que abrigo de poder convertirle en el primero del mundo, si Dios me permite realizar un día mis sueños de gloria, á los que siempre va asociado. Velar por sus intereses es prestar á España uno de los servicios más caros para mi corazón.»

«Cuánto envidia, escribía en otra ocasión, á los que pueden ir á Melilla. A veces sueño en mis inolvidables voluntarios, y me represento el ardor con que allí cargarían mis batallones viéndome á su cabeza; pero procuro no detenerme en estas ideas, porque todos mis pensamientos son ahora para el Ejército español, al que quiero con toda mi alma.»

Un corazón de soldado como el suyo forzosamente tiene que derramarse en entusiasmo y dulces afectos siempre que de soldados españoles se trata, sobre todo si estos soldados han dado voluntariamente su vida por la Causa carlista.

«¡Cuántas veces, escribía al Sr. Marqués de Cerralbo, encerrado en mi despacho, en las largas horas de mi largo destierro, fijos los ojos en el Estandarte de Carlos V, rodeado de otras 50 banderas, tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, evoco la memoria de los que han caído como buenos, combatiendo por Dios, la Patria y el Rey...! Cada uno de sus héroes ha dejado en la historia una página en que resplandece su

nombre. En cambio, ¡cuántos centenares de valerosos soldados, no menos heroicos, he visto caer junto á mí, segados por las balas, besando mi mano, como si en ella quisieran dejarme con su último aliento su último saludo á la Patria! ¡A cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía! ¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras! Todos morían al grito de ¡viva la Religión! ¡viva España! ¡viva el Rey! Con la misma sagrada invocación en los labios, ¡cuántos otros han entregado el alma á Dios, mártires incruentos, en los hospitales, en la emigración, en las cárceles, en la miseria, matados aun más que por el hambre por las humillaciones, y todo por no faltar á la fe jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la usurpación triunfante!»

Con estos caritativos sentimientos y este culto por los soldados muertos en defensa de su Patria, tarde ó temprano tenía que ocurrírsele á Don Carlos la felicísima idea de instituir una fiesta nacional «en honor de los mártires que desde el principio del siglo XIX han perecido á la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey, en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales,» y designó para celebrarla el día 10 de Marzo de cada año, día en que se conmemora el aniversario de la muerte de su augusto abuelo Carlos V.

¡Intuición prodigiosa! Tres años nada más hace que Don Carlos instituyó la fiesta de los mártires de la Patria, y la España católica entera, y hasta nuestros hermanos de las repúblicas sud-americanas, la celebran esplendorosamente cada año con mayor pompa, dedicando misas, ani-

versarios y sufragios incontables á nuestros difuntos. Y en todas partes también se aplican estos valiosos sufragios por los *soldados* que en Cuba y Filipinas han dado su vida en defensa de la metrópoli. ¿Qué partido liberal se acuerda de sus muertos? Estos gobiernos que con su desatentada política, son los únicos causantes y responsables de las tres guerras en que nos vemos envueltos ¿qué hacen por los defensores de la Patria? Cuando en las Cortes pasadas pidió la minoría carlista que no cobrasen los empleados de la Península hasta que el Ejército de Ultramar fuese al corriente en sus pagas, conservadores y fusionistas opusieron con igual celo á tan patriótico proyecto; y Don Carlos, desde el destierro, con una simple orden suya, ha hecho por las almas de los soldados muertos en defensa de la Patria más que todos los liberales juntos.

El Augusto Proscrito ha dedicado además su ya larga y forzada residencia en extraño país á estudiar los ejércitos extranjeros de ambos mundos, dedicando en sus viajes especial atención á la parte militar.

Poco después de concluida la guerra de España, la nostalgia de los campamentos le llevó á la guerra ruso-turca, donde asistió á las batallas que mencionadas quedan en la primera parte de este folleto, puso muy alto el nombre español y recibió pruebas inequívocas de admiración y simpatía de Soberanos y Generales ilustres, y también espontáneas ovaciones de las tropas rusas y rumanas que le habían visto al lado suyo en el fuego, y que constan en las columnas de los periódicos de aquella época.

En todos los países que ha visitado estrechó y mantiene relaciones con militares de importancia.

También los asuntos de marina han embargado mucho su atención, y pensando la gran importancia de aquélla

para España, y deplorando la desidia y abandono de los gobiernos liberales, encargó estudios y trabajos para mejorarla.

Por último, un General del ejército español, Don Amós Quijada, como caballero que es, puede dar fe, evocando los recuerdos del tiempo en que fué prisionero de guerra en Durango, de que Don Carlos es español y soldado de pies á cabeza.

## EL CABALLERO

Como jefe de la más egregia y antigua casa del mundo, ha comprendido perfectamente los deberes que le impone su nacimiento altísimo, y de Don Carlos pudiéramos decir, como de Pedro Bayardo, que es *caballero sin miedo y sin tacha*, y que esta su caballeridad característica se advierte lo mismo en su trato doméstico y costumbres privadas, que en los más trascendentales actos de su vida pública.

Casi comenzó ésta con una prueba solemne de caballeridad, que el mismo Don Carlos refiere en su *Diario*, de la manera siguiente:

«Acababa de morir Narváez y de subir al ministerio González Bravo. Se presenta en Graz Don Miguel Sánchez, presbítero, que ya hacía años me había dirigido una comunicación, diciéndome «que la bandera del derecho se dobla, pero no se rompe.» Esta vez se dice autorizado por el Gabinete González Bravo, y me enseña documentos que lo acreditan. Me hace la siguiente proposición: «Que reconozcamos á Isabel, y seremos reconocidos por Infantes de España, con dotación correspondiente, y nos serán de-

vueltos los bienes de mi abuelo Carlos V; y que cuando estemos una vez allá, el partido moderado, que ve inminente una revolución progresiva y no puede evitar la caída de Isabel, se compromete á hacer un movimiento á mi favor y á proclamarme Rey. Que también podría arreglarse el casamiento de mi hermano Alfonso ó de mi cuñado Roberto con la Infanta Isabel, después Condesa de Girgenti.» Al oír yo semejante proposición, me levanté y le dije: «Padre Sánchez, jamás reconocí á Isabel por mi Reina, porque no debo ni puedo; pero sepa usted que el día que hiciese esta bajeza, que tal la considero, sería su primer súbdito y el primero en defenderla. Y mire usted que me insulta si sigue haciéndome tales ofertas.»

Adviértase que ni Don Carlos ni su familia debían atención ninguna á la hija mayor de Fernando VII, y sin embargo, líneas adelante, encontramos también en su *Diario* frases muy generosas y benévolas para la augusta Señora que hasta inconscientemente causó tantos males á la rama primogénita, y cuyo nombre fué la bandera primitiva de la revolución contra el carlismo.

Si los moderados propusieron á Don Carlos, por conducto del P. Sánchez, una indignidad; los liberales, por conducto de Don Félix Cascajares y Azara, ofrecieronle el Trono en Graz, el 25 de Noviembre de 1867. «Todos, Señor, (decía el Sr. Cascajares en su exposición, ya conocida del público) aceptan á V..... como á su Rey legítimo, y los principales caudillos están esperando mi regreso á París para decidir sobre la conducta que deben seguir, y que seguramente será la de venir personalmente á ofrecerse á V..... y combinar los poderosos medios de acción de que disponen.»

Don Carlos recibió á Cascajares y aceptó en principio

estas negociaciones con su hidalguía natural; pero las dió por rotas caballerosamente apenas manifestaron los liberales que los carlistas proclamarían á Carlos VII *constitucional*, palabra que si, en su sentido corriente, puede y debe aplicarse á todos los reyes, pues no hay reino posible sin leyes fundamentales ó constitución, interna ó externa, dada la significación que ellos le daban y que en España tiene, hubiera podido ser interpretada con razón como un ataque á los dogmas de la legitimidad y de la monarquía pura, y como el *Rey Caballero* Enrique V, por la bandera blanca, Carlos VII rechazó el trono por no transigir un ápice con el *constitucionalismo* liberal que el tiempo ha dado á conocer demasiado á los españoles.

En los tratos que tuvo con los progresistas Cascajares, Sagasta y Prim, antes de la revolución de Septiembre, enteráronle éstos de muchísimas interioridades de su causa, sus planes, alianzas, inteligencias en Madrid y fuera, nombres, elementos, etc. Fracasadas aquellas negociaciones y traslucida la cosa, hiciéronse grandes instancias á Don Carlos, por sus mismos defensores, para que revelase lo que sabía sobre el particular y poder publicarlo en justa defensa de ataques dirigidos por la prensa liberal á la carlista. Don Carlos se negó rotundamente, diciendo que sentía en el alma no poder dar aquellas armas á sus partidarios; pero que habiéndose confiado aquellos secretos á su honor de caballero, secretos habían de ser para todos. Triunfante Prim en Madrid, le envió un emisario á París para darle las gracias, y el Dr. Vicente le repitió palabras altamente halagüeñas del General Prim oídas á este propósito.

En estos treinta años de vida política, conspiraciones, guerras, etc., ha celebrado igualmente multitud de entrevistas con personajes de significación que militan en otros

partidos, y posee papeles y documentos que á muchos, muy altos, pueden comprometer. Pues bien, jamás, ni por pasión personal; ni por interés político, ni siquiera por legítima defensa, ha dejado traslucir nada que pudiera comprometer al que una vez se fió á su palabra, y todos ellos pueden estar bien tranquilos y seguros de que sus secretos morirán con ese gran Caballero.

Los anales de la última guerra carlista son verdadero arsenal, donde á cada paso se tropieza con hechos elocuentes que probarían la caballerosidad de Don Carlos; pero, como la mayor parte son del dominio público y estampados quedan hasta en las historias escritas por liberales como Pirala, preferimos terminar este punto refiriendo un hecho que pocos conocen, que es tan rigurosamente histórico como los apuntados, y que enaltece sobremanera á nuestro Jefe Augusto, digno por él solo del amor y respeto de todos los españoles.

Su tío carnal el último Soberano de Módena, Francisco V, quería á toda costa perpetuar su apellido, y como no tenía descendientes directos, hubiese deseado instituir á Don Carlos ó á su hermano Don Alfonso herederos universales de su inmensa fortuna, una de las mayores de Europa, con la condición única de que tomasen el apellido materno como el primero; pero comprendió que el Sr. Duque de Madrid entiende que se debe á su extirpe y á su Patria, y que jamás hubiese renegado del apellido de su Padre, prefiriendo su modesta fortuna y la gloria de su apellido, el primero del mundo, y de su misión histórica á todas las riquezas de la tierra. S. A. R. el Infante Don Alfonso pensaba como su augusto Hermano. En consecuencia, la herencia de los Austria-Este ha ido á parar al Archiduque Francisco Fernando, sobrino del Emperador, y remoto pariente de

Francisco V, que tanto quería á los hijos de su hermana Doña María Beatriz, y que tan entusiasta era de la causa de la legitimidad que simbolizaban, siendo el único Soberano que durante todo su reinado se negó á reconocer á ningún usurpador, contemporáneo suyo, ni á Napoleón III, ni á Don Fernando de Portugal, ni á ninguno.

Creemos que en manos del Emperador de Austria debe existir un testamento político de Francisco V, desarrollando su plan para la reorganización de Italia el día que caiga la dinastía de Saboya.

La caballeridad más exquisita brilla, por consiguiente, en todos los actos privados y públicos de Don Carlos, como hasta sus mismos enemigos reconocen.

## EL POLÍTICO

Ya el insigne Aparisi y Guijarro, en su conocido folleto titulado *El Rey de España*, dijo que faltaría á la verdad si afirmase que Don Carlos era un sabio, y nosotros añadimos, que la sabiduría casi estorba para el ejercicio de la autoridad suprema y para gobernar á los hombres. La ciencia absorbe por completo la atención y facultades de sus adoradores, y está constituída en gran parte por elementos tan puramente *ideológicos* que se explica perfectamente aquel soberano desprecio que Napoleón profesaba á los *ideólogos*, lo que le valió sin duda ser el hombre más práctico del mundo y el primer capitán del siglo. Buen criterio, gran ilustración, profundo conocimiento de cosas y personas, y más aun de éstas que de aquéllas, son las condiciones máximas apetecibles en los

gobernantes. Por regla general, los sabios ni saben gobernar á los demás, ni gobernarse á sí mismos.

La escuela de la adversidad enseña más y mejor que todos los doctores y todas las bibliotecas del mundo; y hace medio siglo que Don Carlos viene cursando en esta admirable escuela, y haciendo en ella tales experimentos con los hombres y los acontecimientos, que difícilmente se encontrará otro Príncipe que pueda competir con él en la materia. A nadie se ha hecho guerra tan sañuda y atroz como á él, lo mismo en el terreno político que en el personal, con bien distintos fines. Hombre que recibió educación científico-literaria esmeradísima, profundizando sobre todo la Historia, maestra de la vida, y consagrando largas horas al estudio de la historia patria; que habla correctamente el castellano, el italiano, el alemán, el francés, y comprende algo del inglés, portugués y catalán; que ha recorrido toda Europa, ambas Américas, deteniéndose especialmente en las repúblicas de procedencia española, el Egipto, la Palestina y las Indias Orientales; que desde hace muchos años viene haciendo de la política su ocupación habitual, y que está en trato frecuente con príncipes, gobernantes y estadistas de todas las naciones, ha llegado á ser, naturalmente, un experto y sagaz político, y demostrándolo viene en cuantos sucesos de importancia han acaecido de treinta años á esta parte en la gran comunión católico-monárquica, que lo acata y reconoce como Jefe legítimo é indiscutible.

Fué el único que vió claro en el asunto Cabrera, tan bochornosamente terminado para este, en otro tiempo, ídolo carlista. Por los años de la revolución de Septiembre, por antífrasis sin duda llamada *Gloriosa*, y durante la guerra última, supo cortar á tiempo, con órdenes terminantes, no pocas rencillas y antagonismos existentes entre los persona-

jes carlistas, tanto civiles como militares. Para dar tiempo á que se apaciguasen los ánimos exaltados y las diferentes tendencias del partido, á consecuencia de la dirección nocedalina, encomendó las jefaturas á cuatro Generales carlistas y emprendió su largo viaje por América. Con sagacidad grande, y viendo venir la disidencia iniciada y sostenida por Don Ramón Nocedal en el más importante de los periódicos carlistas *El Siglo Futuro*, supo atraerse á Don Luís María de Llauder, cuyo prestigio en Cataluña era mucho mayor que el de Nocedal, privando así á éste de uno de los principales elementos del integrismo. El Sr. Llauder correspondió á las augustas bondades y confianza de Don Carlos, imprimiendo nueva dirección al *Correo Catalán* y fundando en Madrid *El Correo Español*, que ha sabido conquistarse el primer lugar entre los periódicos católicos, y al que tan excelentes servicios debe nuestra santa Causa, ajustándose á las normas de conducta trazadas con gran precisión en la famosa carta que, al fundarse, escribió Don Carlos, el 20 de Septiembre de 1888, á Don Luís María de Llauder, y que es documento que debieran consultar todos los periódicos afiliados á la buena prensa, carta que prueba además la importancia que Don Carlos reconoce á esta palanca de los tiempos modernos que, quiérase ó no se quiera, merece en las naciones de hoy día el nombre de cuarto poder de Estado con que la bautizaron los revolucionarios.

Con tan prudente entereza anatematizó la rebeldía integrista, que aquel voraz incendio que al parecer iba á convertirlo todo en pavesas, queda hoy reducido á chispas insignificantes de mortecina luz, semejantes á los fuegos fatuos de los cementerios, que únicamente asustan á los pusilánimes corazones de mujeres y niños. Por último, hasta la ingobernable prensa ha recibido de su mano tal

cohesión y unidad de principios y hasta de conducta, que es la admiración de los demás políticos y periódicos.

Para el logro de tales triunfos mucho le ha ayudado en estos años últimos su Delegado en España el nunca bastante ponderado Marqués de Cerralbo; pero ¿de quién sino del mismo Don Carlos fué el descubrimiento de este personaje, la sagacidad de conocerle, y el mérito de haberle encomendado la jefatura del partido?

## SÍNTESIS

Para dar por terminada la segunda parte de nuestro humilde folleto, haciendo en pocas palabras una descripción sintética de nuestro Augusto Jefe, nada más exacto y elocuente que las siguientes líneas del primero de nuestros oradores D. Juan Vázquez de Mella.

«Carlos VII es el prototipo de esa raza de hombres que tienen un nivel moral mucho más alto que su siglo. La fe religiosa más ardiente, el amor á la patria llevado hasta el delirio, la veneración más rendida á las grandes instituciones de los grandes siglos, la admiración inteligente y sincera de todos los esplendores de la ciencia, la industria y las artes de los tiempos modernos; el conocimiento de los pueblos del viejo y nuevo continente, aprendido en la Historia y en el estudio incesante de viajes, sabiamente combinados para que muestren la realidad de la vida social por todos sus aspectos; los espectáculos más sorprendentes de la naturaleza y los ejemplos de heroísmo y grandeza moral más altos de este siglo; el fragor de las batallas, la

vida agitada del soldado y las más tiernas intimidades del hogar; odios inextinguibles y amores delirantes, ingraticudes sin nombre y lealtades sin medida, expatriaciones, destierros y aclamaciones frenéticas de millares de soldados; la vida humana por todos sus aspectos, con todas sus sombras y todas sus claridades han pasado alrededor de esa figura, delineando los contornos del primer caballero del mundo, no sólo por la alcurnia de sus blasones y la progenie ilustre de su raza, sino por aquellas excelsas cualidades que la mano de Dios y los hechos de la Historia han ido derramando sobre un hombre que puede decir que para forjar su carácter y darle temple de acero, para que no se quiebre al luchar cuerpo á cuerpo con la revolución, se han dado cita todas las grandezas de la naturaleza y del alma, y todas las tristezas del corazón, y los odios sañudos de las pasiones adversas irritadas.»

---



# TERCERA PARTE

## SU PORVENIR

---

Únicamente para Dios es presente lo venidero, los siglos horas, y los años momentos imponderables, y Dios únicamente sabe el porvenir que le está reservado lo mismo á Don Carlos que á España; pero, como hizo sanables las naciones, y en nuestra Patria amadísima se advierte algo así como asco de su actual presente, remembranzas halagüeñas de su pasado, y aspiraciones vehementes á un porvenir más tranquilo y venturoso, aunque el eminentísimo Cascajares entienda que el partido carlista únicamente puede ocupar el poder por medio de otra guerra civil, ¿quién impediría á España, cuya mirada de pocos años á esta parte dirígese á Venecia, realizar un acto viril, unánime, entusiasta, de esos que provocan en los enfermos crisis saludable y los salvan, cuando todos tenían por segura su muerte? Nadie, y si algún loco osase tal cosa, sería arrastrado y anegado por la corriente. Don Carlos está decidido á salvar á España ó perecer en la demanda: resta, pues, únicamente que España *quiera* salvarse, en cuyo caso no le faltarían medios adecuados y eficaces para el logro de su anhelo, sin guerras civiles, sin derramamiento de sangre,

sin grandes conmociones sociales, sin nuevas pérdidas de su esquilmada fortuna y hasta sin actos *ilegales*, puesto que la soberanía nacional es el primero de los dogmas del liberalismo que nos des gobierna y arruina.

Supongamos, pues, que Don Carlos ocupa el trono de sus mayores, y ésta es una simple hipótesis que no puede ofender á España, ni á las instituciones, ni á los gobiernos dinásticos: ¿qué haría Don Carlos?

Lo primero aplicar á la gobernación del Estado leal y enérgicamente su programa, puesto que de los principios y doctrinas se puede esperar todo, y de los hombres nada. Claro que existe diferencia grande entre un bribón ó vividor por lo menos á expensas de la *res* pública, y un hombre de buena voluntad; pero no es diferencia *esencial*, porque con el bautismo político no cambia el hombre de *naturaleza*; de aquí que en todos los partidos encontremos personas de toda clase y catadura, hombres de bien y bribones en mayor ó menor abundancia, sin que el más y el menos altere la naturaleza de la cosa. El remedio ha de venir, pues, no del cambio de hombres, sino del cambio de régimen, esto es, de principios y de procedimientos: el liberalismo ha fracasado, y el tradicionalismo, bien entendido, lealmente practicado, y acomodándolo á las exigencias de la presente edad, puede salvarnos.

Desde luego y á la vez, implantando la verdadera libertad, hija legítima del Evangelio y madre de la civilización cristiana, barrería de un golpe ese liberalismo parlamentario, corruptor hasta lo indecible, y corrompido hasta los tuétanos, execrable régimen al que, de un siglo acá, debe España todas sus desventuras y vilipendios; y en verdad que esto sólo sería ya de por sí inmenso servicio prestado á la madre patria.

Devolvería al Altar, con la unidad católica, y al Trono, con la monarquía pura y templada, sus esplendores tradicionales. Unidad católica, no estampada solamente en un artículo constitucional, de esos que se han inventado para seducción de necios y negocio de bellacos, sino que además se traduciría en hechos, aplicándola lealmente con todas sus consecuencias jurídicas y sociales, pero sin perseguir á nadie en su foro interno, y reconociendo en la Iglesia soberanía plena para todo lo espiritual, y verdadera libertad é independencia con su fuero eclesiástico y el derecho de adquirir, retener, poseer y administrar sus bienes, todo, por supuesto, con sujeción estricta á la voluntad y á lo pactado con la Santa Sede, y sin la menor invasión ni perjuicio de la soberanía temporal. Antes al contrario, la Corona española volvería á ser lo que fué en tiempos más felices, ecuator brillante que, abarcándolos con su áureo anillo, deslumbrase al viejo y nuevo continente.

Pero nada más distante del cesarismo pagano que esta monarquía cristiana y paternal, que comenzaría por despojarse voluntariamente de ciertas regalías anacrónicas, incompatibles con la plena soberanía y libertad de la Iglesia, y amparando las franquicias populares de las regiones y las verdaderas libertades de los pueblos. Por manera igual ha hecho sentir el liberalismo sus imposiciones tiránicas y disfrazadas á los fieles cristianos y á su santa madre la Iglesia católica; y el único que daría libertad plena á la Iglesia católica en sus dominios; el único que, en su alocución á los pueblos de la Corona de Aragón, fechada en la Frontera el 16 de Julio de 1872, ha sabido y querido dirigir á aragoneses, catalanes y valencianos estas hermosas palabras: «Hace siglo y medio que mi ilustre abuelo Felipe V creyó deber borrar vuestros fueros del libro de las franquicias de

la Patria. Lo que él os quitó como Rey, yo como Rey os lo devuelvo; que si fuisteis hostiles al fundador de mi dinastía, baluarte sois ahora de su legítimo descendiente;» el único que juró las fueros de Vizcaya, so el árbol de Guernica, ante la Hostia consagrada, el 7 de Julio de 1875, y los de Guipúzcoa, en Villafranca, el día 8 del mismo mes y año, entendiendo que se obligaba *por sí y por sus sucesores*; el único que promete en todos sus manifiestos y declaraciones la más amplia descentralización administrativa, con la autonomía municipal y regional; el único que está dispuesto á sacrificar su posición, su tranquilidad, su hacienda y hasta su vida por las santas libertades populares; y el único, en fin, que puede y quiere restaurarlas en España, es Don Carlos.

Esto no empece para que tenga tan alta idea del principio de autoridad, de la dignidad real, de los deberes que le impone su nacimiento y de su providencial misión histórica, que creemos á Don Carlos incompatible con esas monarquías democráticas y populacheras al uso, hijas predilectas de la revolución, de la que son instrumentos eficaces é inconscientes y víctimas propiciatorias cuando las circunstancias lo requieren y el interés sectario lo pide. Don Carlos, que ha dicho con frase tan elocuente como exacta, que *lleva la Cruz más bien sobre su corazón que sobre su corona*, si Dios así lo dispone, será un Rey verdaderamente cristiano de los que no doblan ni pueden ni deben doblar la rodilla, más que ante la realeza de Cristo y de su Vicario. Los ungidos del Señor son también Vicarios suyos por lo que á lo temporal respecta, y éstos prefieren perder la corona á degradarse transigiendo con el rey Turba. Por eso sostiene que gobernar no es transigir, como dicen y hacen los poderes liberales, sino resistir las concupiscencias de los ambi-

ciosos, oponer dique infranqueable á los apetitos disolventes y revolucionarios, de la misma manera que, en una persona bien equilibrada, la cabeza regula las concupiscencias y apetitos desordenados de la carne; por eso se presenta siempre á cuantos le rodean como encarnación majestuosa del principio de autoridad; y por eso, en fin, como ya hemos dicho en otra página, con él son imposibles las camarillas y los favoritos.

Del Sr. Conde de Melgar, su secretario político y consejero doméstico único hace muchos años, tiene idea tan alta como este gran caballero, profundo estadista y eminente literato se merece, y su confianza en él es omnimoda. Lo mismo sucede con su esclarecido Representante en España el Sr. Marqués de Cerralbo, cuyas altas dotes no se cansa de elogiar, y con muchos de los fidelísimos Generales y Jefes, cuyos hechos heroicos recuerda constantemente. En otra parte hemos hecho constar que idolatra á toda su familia, pero por modo preferente á su santa madre Doña María Beatriz, á su mujer angelical Doña María Berta y á su lealísimo hermano Don Alfonso; y sin embargo ninguno de ellos domina á Don Carlos, que mantiene constantemente enhiestas sus prerrogativas, tiene la conciencia de sus deberes, derechos y responsabilidades, y arrostra estas últimas con soberano imperio.

De donde que admire muchas cosas de la organización militar de Alemania y otras grandes naciones, cuyos ejércitos ha estudiado detenidamente, organización que, para aumentar los prestigios y bienestar del nuestro, aplicaría á España, reservándose su mando supremo, no sólo nominalmente, sino de hecho, con el fin de enaltecerlo cuanto se merece, debiendo ser, como en nuestros buenos tiempos, el defensor del Rey y de la Patria, y consagrar sus desvelos

al mantenimiento del orden en el interior del reino, y del respeto y aun de las glorias de nuestra Bandera en el exterior. En provecho y honor del mismo Ejército equipararía al militar otros servicios, como el de comunicaciones, ferrocarriles, aduanas, etc., cuyos empleados podían ser militares retirados, con todas las prerrogativas y honores, por ejemplo el uso de uniforme, de sus empleos respectivos, sin el penoso trabajo del servicio militar activo, y con la ventaja inmensa de las grandes economías que por este procedimiento podían hacerse en diversos ramos de la pública administración.

Por este camino, con el servicio militar obligatorio bien entendido, y lealmente practicado, con reservas bien organizadas, podría, por un lado, disminuirse considerablemente el Ejército activo en tiempo de paz, aumentar en gran manera nuestro poder naval (que es su pensamiento de hace muchos años, y que hubiera aplicado si hubiese triunfado en la guerra, con lo cual tendríamos hoy una armada poderosa), y aliados con Francia y Rusia, ó con las naciones que más conviniese á España, cuando naturalmente lo pidieran las circunstancias é intereses nacionales; podríamos, por otro lado, tomar parte juntamente con nuestras poderosas aliadas en alguna gran guerra internacional para que, terminada la contienda, se nos reconociera voz y voto en los consejos europeos y categoría de potencia de primer orden, como le ha sucedido á Italia.

Por estos derroteros quizás quedase reducida á simple negociación diplomática, con las compensaciones consiguientes, la adquisición de Gibraltar, padrón de ignominia para cuantos gobiernos vienen tolerando que la bandera inglesa ondee aún, aunque se trate sólo de un peñasco, en nuestro territorio.

El engrandecimiento y poder del Ejército español le permitiría indudablemente á Don Carlos llevar á la práctica otra de las grandes ilusiones de su vida, que consignada quedó también en el patriótico testamento de Isabel la Católica, esto es, la conquista primero comercial y militar después de Marruecos. Vergüenza grande para todas las naciones europeas es que subsista ese imperio casi salvaje y bárbaro á dos pasos de Europa; pero mayor aun para España, cuya situación geográfica, tradiciones históricas y guerreras, y derechos incontrovertibles impulsan su expansión colonial y poderío al otro lado del Mediterráneo, y á partir de Melilla y Ceuta.

Don Carlos es igualmente partidario de dos confederaciones, que están pidiendo á voz en grito las condiciones naturales de los confederados, y que deberían realizarse en el momento y modo oportunos, una con Portugal, nación con la que á toda costa y por conveniencia recíproca debemos estrechar lazos íntimos, basados en fundamentos geográficos, etnográficos y comerciales; y otra con las repúblicas hispano-americanas, que hablan nuestro propio idioma, pertenecen á nuestra raza y ganarían en importancia mercantil y política confederándose con su antigua Metrópoli, y bajo su amparo y presidencia oponiéndose, con tanta razón como fuerza, á los intolerables atrevimientos, injustas imposiciones y ambición desapoderada de la raza anglo-sajona americana. Si esta confederación existiese ¿se hubieran atrevido los Estados Unidos á conculcar los incuestionables derechos de España sobre Cuba, á mortificarnos con injustas, impertinentes y continuas reclamaciones, á insultarnos groseramente en sus Cámaras y periódicos, á alentar y auxiliar á los filibusteros con toda clase de recursos y pertrechos de guerra, á tenernos en jaque continuo con amenazas pérfi-

das y embozadas, unas veces, ridículas y de matón perdonavidas, en otros casos, y á declarar con pretextos mercantiles y humanitarios la guerra más injusta, infame y canallesca que registra la Historia, á esta nación infeliz, cuyo único delito consiste en tolerar gobiernos desatentados y antipatrióticos, que la conducen á su ruína y deshonor? Creemos firmemente que no.

Hablando con un redactor de *La Vedetta*, de Nápoles, expresó claramente Don Carlos sus opiniones y propósitos respecto á la gravísima cuestión de Cuba, que en estos momentos preocupa á la nación entera.

«En teoría, le dijo, estas cuestiones pueden referirse á los principios generales de un plan de gobierno madura y concienzudamente tratado por mí para todas las regiones que componen la nacionalidad española: reforzar los lazos políticos entre la colonia y la Metrópoli, y aflojar los administrativos. En otros términos: establecer un poder central, á la vez paternal y robusto que, concentrando en Madrid la dirección política, dote al mismo tiempo á la colonia de todas las franquicias posibles, con un completo *Home Rule* administrativo. Si yo fuese llamado al trono de mis mayores, uno de mis primeros cuidados sería restaurar la tradición de lo que, en España, se llama *leyes de Indias*.

»Las leyes de Indias son el Código de todas las disposiciones emanadas de los Reyes de España para sus dominios de Ultramar.

»Garantidas por este maravilloso movimiento de nuestra sabiduría jurídica la libertad y la Hacienda coloniales, cerrábase de esta manera la puerta á todos los abusos de los funcionarios que representan á la Metrópoli. Esta tradición real, rota por la revolución, tendría yo buen cuidado de anudarla. Un Príncipe de la Casa Real, investido provisio-

nalmente de plenos poderes, sería el único que podría purificar con la urgencia necesaria y castigar inexorablemente las rapiñas de que Cuba se queja con harta razón, reprimir los abusos que sufren los insulares, y hacer justicia á todos.»

Con semejante arte de gobernar las colonias ¿hubiese estallado la rebelión contra la Metrópoli, tanto en Cuba como en Filipinas? Difícilmente, pero supongamos que las concupiscencias desapoderadas de la demagogia insular, los trabajos subterráneos y maleantes de las sociedades secretas y la perfidia ambiciosa de nuestros *amigos queridísimos* los *yankis*, hubieran provocado el actual incendio; ¿qué hubiera hecho Don Carlos y con él la Comunion tradicionalista? Pues sencillamente, plantear bien desde el primer día la cuestión, digna y valerosamente, contra los Estados Unidos, verdaderos causantes y sostenedores del filibusterismo y de la insurrección, primero en el terreno diplomático, y fracasado este recurso, en el terreno de la fuerza, antes de que los Estados Unidos se preparasen para la lucha, y sin haber dado lugar á que nos engañasen y humillaran, como lo han hecho, de la manera más vil y pérfida, pues probablemente la victoria no nos hubiese vuelto las espaldas, y en el caso contrario, aparte de que nos hubiéramos tal vez ahorrado los 100.000 españoles valerosos muertos ya en los campos de Cuba y los 2.000 millones de pesetas empeñados ó gastados, en definitiva *más vale honra sin colonias que colonias sin honra*, como diría Méndez Núñez.

Para que el pensamiento de Don Carlos sobre los gravísimos problemas antillanos sea con exactitud conocido y con justicia apreciado, copiamos á continuación la siguiente carta que en fac-simile del regio autógrafo y en hoja volante ha circulado profusamente por la América del Sur,

que no ha visto la luz pública en España, y que á la letra dice así:

«Venecia 24 de Enero de 1898.

»Mi querido Oller: A muy pocos carlistas contesto yo mismo, pues siendo infinitos los que á mí se dirigen y queriéndolos entrañablemente á todos, no me gusta hacer excepciones. Lo hago, sin embargo, contigo por saberte tan léjos de la Patria, aunque te halles en esa hermosa tierra que yo visité con emoción indecible y que tantos recuerdos guarda de los heroicos tiempos en que el título de hijo de España equivalía á una ejecutoria de nobleza. Mucho debes sufrir, como sufrimos yo y todos los buenos españoles, al ver la impunidad con que se vilipendia nuestra gloriosa bandera, encarnada y amarilla. Y no creo ser juguete de una ilusión generosa si añado que mucho deben sufrir también los sud-americanos, superiores á estrechas preocupaciones, y en cuyas venas no haya degenerado la noble sangre de sus antepasados.

»Asistimos al prólogo de una gran lucha de razas. España, que engendró á América á la civilización, cumple hasta el fin su misión histórica, oponiendo en ese continente la última barrera á la rapacidad de una raza absorbente. Si esa barrera es franqueada, el genio y el espíritu latino están llamados á irremisible eclipse en el continente que nuestros padres supieron descubrir y vivificar. Para impedir ese desastre está prodigando España lo más puro de su sangre, pero tan sublimes sacrificios corren peligro de quedar estériles por la ineptitud ó la traición de... (puede suponer el lector de quien). Aún es hora de salvar el honor de España y con él el porvenir de la América latina. El peligro es común, y común debiera ser el esfuerzo. Sé que trabajas por difundir esta luminosa verdad entre nuestros hermanos de

allende el Atlántico, y quiero enviarte una palabra de aliento. Gracias, mi querido Oller, por lo que en ese terreno consigas, y gracias á todos los que te secunden. Estoy seguro que en primera línea figurarán los que pelearon al lado mío, también por el honor español, y para evitar, con patriótica previsión, que llegaran las actuales circunstancias. Tú que conoces los poderosos elementos con que contamos y las probabilidades que tendríamos de un inmediato triunfo, apreciarás el patriotismo de que hemos dado prueba al contenernos en estos terribles momentos. Sólo el amor á España nos detiene y nos detendrá, hasta que ese mismo amor nos mande lo contrario.

»Transmite mis aplausos y mis saludos á todos los que ahí defiendan los intereses de nuestra Patria amadísima.

»Pido á Dios que á todos os proteja y que á tí te guarde.

»Tu afectísimo,

CARLOS.»

Mereciendo está también el aplauso unánime de nacionales y extranjeros el españolismo patriótico de Don Carlos desde que comenzó la inicua guerra que sostiene España con los Estados Unidos, y admiración delirante causó á cuantos la leyeron, la castiza, gallarda y valiente Carta con que, en 2 de Abril de 1898, honró el Sr. Duque de Madrid al elocuentísimo Diputado por Estella D. Juan Vázquez de Mella, fresca aun en la memoria de todos los buenos españoles, y cuyo pensamiento capital eutrañan las siguientes líneas: «Si en Madrid recogen el guante que desde Washington se ha lanzado al rostro de España, yo seguiré dando el mismo ejemplo de abnegación que hasta ahora. Desesperado de no poder participar en el combate más que con mis votos y la influencia de mi nombre,

aplaudiré con toda mi alma á los que tengan la dicha de ir al fuego, y consideraré que los carlistas sirven á mi causa alistándose para la guerra con los Estados Unidos, sea cual fuere el caudillo que á ella los conduzca... Por no asumir ante la historia la responsabilidad de la pérdida de Cuba, he esperado y esperaré hasta el extremo límite. Cuando la vea irremisiblemente perdida, España y yo cumpliremos con nuestro deber.»

Si la cuestión internacional preocupa á la nación entera, en estos días de ansiedades y borrascas, cuando la tempestad se calme, tornen las aguas á correr nuevamente por sus respectivos cauces, y brille el sol de la paz sobre la patria española, la cuestión de Hacienda se presentará entonces con todas sus pavorosas amenazas de bancarrota sobre el tapete ministerial; y Don Carlos, que es hombre práctico y celoso administrador de su fortuna particular, no se hace ilusiones respecto á las dificultades enormes que tendría que vencer para enderezar tanto entuerto y despilfarro que han venido acumulando sobre la fortuna nacional los gobiernos liberales. Pero el partido carlista, sin compromisos ni responsabilidades de ningún género respecto á la desastrosa gestión de nuestros hacendistas, es el único que podría desatar tan desastroso nudo gordiano, el único que, con la mano sobre el pecho y la cabeza erguida, podría intentar y obtener un arreglo con nuestros acreedores, y el único, en fin, que con su regionalismo, descentralización administrativa, moralidad intachable, economías verdad iniciadas desde las alturas con ejemplos augustos, y convicción profunda de que las naciones, lo mismo que las casas *pobres*, tienen el deber ineludible de vivir *pobremente*, podría entonar la Hacienda española, descargando por una parte al contribuyente de insoportables gravámenes que le abru-

man y preparando para días no lejanos un porvenir rentístico de riquezas y de gloria. Los ideales políticos de Don Carlos, por lo que respecta al comercio, agricultura é industria, se cifran en la fórmula de *progresar protegiendo*; de aquí que por instinto español más aun que por económica experiencia, sea enemigo del libre cambio, que los Estados Unidos rechazan y Francia no admite.

Son muchos los españoles de buena voluntad, pertenecientes á todos los partidos políticos, ó sin figurar en ninguno de ellos, plenamente convencidos de que se impone un cambio radical de sistema político, y de instrumentos de gobierno, de que aquí hace falta un primer magistrado, prudente y enérgico, que desde la cumbre del poder imprima vigoroso y salvador impulso al movimiento nacional de toda clase y en todas direcciones; un general que, en momentos críticos para el honor de la patria, sepa, pueda y quiera montar á caballo, ponerse al frente del heroico y valeroso ejército español, plantar cara á las naciones más habilidosas y comerciantes que guerreras, y ceñir á su augusta frente el laurel de la victoria; un católico ferviente que ampare de veras á la Iglesia y á su Supremo Jerarca, haciendo cuanto puede esperarse de un Príncipe católico, no solamente de título, sino de verdad, y que, imitando al gran Felipe, barra de una vez para siempre del territorio español tanta inmudicia judáica, masónica y protestante, como hoy le mancha y deshonra; un poder central, por último, fuerte y majestuoso, que aplaste con mano férrea á tanto reyezuelo de guardarropía y cacicote rural que, como negra bandada de cuervos rapaces y hambrientos, sacian su apetito voraz en las entrañas palpitantes de la nación.

Quién puede y debe ser ese magistrado integérrimo, ese bizarro general, ese católico ferviente, ese poderoso sin

cortapisas ni competencias, España lo presiente y, en uso de su soberanía, sobre el pavés puede alzarlo. ¿No lo hace así? Peor para ella: una vez más quedará demostrado que cada nación tiene el gobierno que merece.

## VOLVERÉ

No creemos que exista en el mundo hombre alguno, príncipe ó ciudadano particular, que esté tan penetrado como Don Carlos de su providencial misión histórica, ni que tenga fe tan entusiasta é inquebrantable en la justicia de su Causa, en la legitimidad de sus derechos, ni en la bondad de los principios que representa. Tiene la convicción firmísima de que ha de cumplir el famoso *Volveré* que, con intuición profética, pronunció en el puente de Arnegui el día 28 de Febrero de 1876, al entrar en Francia por Valcarlos, al frente de sus batallones vendidos, pero no vendidos; y esta fe inquebrantable no se apaga, ni decrece, ni vacila con los años, que pasan vertiginosamente, ni con los contratiempos que menudean como los años, ni con el cansancio inherente á toda empresa humana que se prolonga, ni con las defecciones de los egoístas ó pusilánimes, adoradores del éxito ó cansados de esperar, que son á Dios gracias muy pocas, ni con alguna negra traición, por último, de la que no puede hablarse en plural porque no hay lealtad en el mundo tan á prueba de sacrificios como la lealtad carlista. Siempre en su puesto, incansable en su labor política, soñando á todas horas con el ideal nobilísimo de salvar á España, temeroso del juicio de Dios en primer tér-

mino y del de la Historia en segundo lugar, que indudablemente le exigirán estrecha cuenta de la manera como cumpla su misión de Jefe de la Casa de Borbón, y sus deberes políticos, la fe de Don Carlos en su porvenir, íntimamente unido á la ventura de España, no flaquea un punto, y á cuantas objeciones se le hacen contesta: *Volveré*. Y si se le rearguye con hechos ó reflexiones de difícil contestación, replica: «Indudablemente volveré con mi Bandera, mis principios y procedimientos tradicionales, pues de lo contrario habría llegado el *finis Hispaniae*, y esto es imposible.»



#### ERRATA QUE ALTERA EL SENTIDO

En la página 34, líneas tercera y cuarta, dice: «Nuestro augusto Jefe destinado sin duda» y léase: «Destinado sin duda por Dios nuestro augusto Jefe»

## LIBROS Y FOLLETOS

DE

### D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Catedrático del Instituto de 2.<sup>a</sup> enseñanza de Valencia.

---

**Costumbres populares de la Sierra de Albarra-  
cín**, cuatro cuentos originales. Agotada.

**Seis novelas cortas**, 2 pesetas.

**Solita ó amores archiplatónicos**, novela de costumbres valencianas, 2'50 pesetas.

**Sacramento y concubinato**, novela, 2 pesetas.

**Quien mal anda ¿cómo acaba?**, novela de costumbres, 2 pesetas.

**Bocetos de brocha gorda**, novelas cortas, 1 peseta.

**Páginas edificantes**, cuentos y artículos, 2 pesetas.

**Páginas edificantes**, edición económica del libro anterior, aprobada por la Autoridad eclesiástica y declarada de texto para las escuelas de primera enseñanza por Real orden de 29 de abril de 1893, 1 peseta. Al contado, 9 pesetas la docena.

**Manojico de cuentos**, fábulas, apólogos, tradiciones y anécdotas; librito declarado de texto para las escuelas de primera enseñanza por Real orden de 4 de Mayo de 1896, 1 peseta. Al contado, 9 pesetas la docena.

**Pepinillos en vinagre**, 2 pesetas.

**Hojas de mi cartera de viajero**, 2 pesetas.

**Vida de León XIII**, extracto de sus principales documentos públicos, y relación de sus fiestas jubilaires, obra premiada, 3 pesetas.

**Apología científica de la fe cristiana**, por el canónigo F. Duilhé de Saint-Projet, vertida al castellano de la 2.<sup>a</sup> edición francesa, por M. y F. Polo y Peyrolón, 3 pesetas.

**Supuesto parentesco entre el hombre y el mono**, contra Darwin, obra traducida al portugués y agotada.

**Guía de Tierra Santa**, y relato de la Peregrinación general española á los santos lugares en Octubre de 1881. Agotada.

**Discursos académicos**, segunda edición, 2 pesetas.

**Folletos de propaganda**. Van publicados hasta la fecha los once siguientes: *Burgueses y Proletarios*.—*Pan y Catecismo*.—*Las malas lecturas*.—*¿Hay acaso Providencia?*—*Credo católico-tradicionalista*.—*El anarquismo*.—*El trabajo y el salario*.—*Errores y horrores contemporáneos*.—*¡Picaros frailes!*—*El liberalismo por dentro*.—*Las Cortes carlistas*.

**Don Carlos: Su pasado, su presente y su porvenir**. Valencia, 1898. Precio: 1 peseta.



Biblioteca  Valenciana



31000005624138

